

Semblanza biográfica de

CARLOS PELLEGRINI

por Norberto Galasso



Banco Nación

Contenido

- | | | | |
|-----------|--|-----------|--|
| 2 | Prólogo | 23 | XIII. El acceso a la presidencia de la Argentina |
| 3 | I. Los primeros años | 25 | XIV. Pellegrini presidente |
| 5 | II. Juventud y acción política | 27 | XV. Fundación del Banco de la Nación Argentina |
| 5 | III. ¿Voto femenino en 1869? | 30 | XVI. Argentina, dos países |
| 6 | IV. ¿Industrias en el país ganadero? | 30 | XVII. Una posibilidad de volver a ser presidente |
| 7 | V. El proteccionismo | 33 | XVIII. Durante la segunda presidencia de Roca |
| 7 | VI. Una fuerte personalidad | 34 | XIX. La ruptura con Roca |
| 8 | VII. Norberto de la Riestra, un hombre de su Graciosa Majestad Británica | 36 | XX. En defensa de Osvaldo Magnasco |
| 10 | VIII. Una polémica fundamental | 37 | XXI. Pellegrini y la cuestión social |
| 14 | IX. El rol de Pellegrini en los enfrentamientos del 80 | 39 | XXII. Pellegrini y el sistema capitalista |
| 16 | X. Los tres mil muertos de los sucesos del 80 | 41 | XXIII. “Pellegrini fue el primero que habló del voto secreto en el Congreso” (Testimonia Alfredo Palacios) |
| 17 | XI. Después del 80 | 42 | XXIV. Testamento político de Carlos Pellegrini |
| 20 | XII. Las concesiones de Juárez Celman al liberalismo | 44 | XXV. La muerte |

Prólogo

Con motivo del 130 aniversario de la Fundación del Banco de la Nación Argentina, el Directorio de la entidad decidió encarar la producción de un conjunto de textos alusivos a esa conmemoración, lo que motivó la convocatoria a Norberto Galasso, reconocido historiador y autor de obras leídas masivamente por los argentinos, para escribir una semblanza bibliográfica de Carlos Pellegrini. Fue durante su presidencia que se fundó la institución.

La elección de Galasso ha perseguido la intención de presentar una renovada visión sobre Pellegrini, a quien “la historia oficial redujo a creador del Jockey Club”, marginando o tergiversando su profunda y multifacética personalidad, que el autor revela en las páginas de este escrito, en el que presenta una particularizada caracterización de su acción y pensamiento económico social y político.

Se podrá encontrar en el texto de Galasso una temprana defensa de los derechos políticos de la mujer, adelantándose casi un siglo a la conquista y positivización del derecho al voto femenino. En su tesis doctoral de 1869 –señala el autor– Pellegrini hace constar y desarrolla su pensamiento en esa dirección.

En el desarrollo de su Semblanza, el historiador expone el despliegue de las convicciones proteccionistas y críticas del liberalismo económico del fundador del BNA, entendiendo al segundo como un serio obstáculo para el desarrollo nacional.

Galasso cita la arenga de Pellegrini al flamante primer directorio del banco: “Este banco se funda únicamente en servicio de la industria y el comercio... Si alguna recomendación pudiera hacerles sería en favor de un gremio que no ha recibido hasta hoy gran favor en los establecimientos de crédito y que es, sin embargo, digno del mayor interés. Hablo de los pequeños industriales”. El autor deja subrayada así la vocación industrialista de Pellegrini.

La idea de dos tendencias en el pensamiento nacional está presente en las reflexiones de Pellegrini, así la documenta Norberto Galasso, “uno de ellos es enemigo del Banco del Estado, del Banco habilitador. Solo cree en el Banco particular. El otro prefiere el Banco del Estado. Uno es contrario a toda protección y quiere la libertad absoluta del comercio, otro exige protección como condición indispensable para el desarrollo de las industrias nacionales. Uno es contrario a todo lo que sea emisión en cualquier forma, casi enemigo de la palabra emitir; el otro no es tan enemigo de estas emisiones, según la forma en que se presenten”.

En la lectura de la obra se encontrará una referencia del autor a un artículo – del que dice que es generalmente olvidado por políticos e historiadores– que Carlos Pellegrini escribiera en 1905, y de él cita textualmente estos conceptos “... el trabajo y el capital serán así socios y desaparecerá la relación actual de amo a sirviente. Ya no habrá salario porque el trabajo recibirá su parte en forma de dividendo, exactamente lo mismo que el capital... El que participa como elemento indispensable en la producción industrial y solo goza por su participación y su trabajo, una remuneración fija, independiente del resultado económico de esa producción, es, por el hecho, necesario a la producción, pero ajeno e indiferente a la prosperidad”.

Esta presentación de algunas aristas de la interesantísima Semblanza de Carlos Pellegrini, escritas por una pluma ágil, inteligente y atractiva – una virtud característica de toda la obra del autor de este texto–, tienen el objetivo de invitar a la lectura de una obra amena e informada.

Guillermo Wierzba
Director del Banco Nación

Semblanza biográfica de

CARLOS PELLEGRINI

I. Los primeros años

Nacido en el 1800, Carlos Enrique Pellegrini, decidió, a sus treinta años, ya con el título de ingeniero, viajar a América, en busca de nuevos horizontes. Por lecturas, quizás por conversaciones con viajeros, supuso que Buenos Aires era el lugar para desarrollar sus proyectos, para construir puentes, rutas, puertos, como asimismo destacarse en el dibujo y la pintura, que era su segunda vocación. Pero la historia tiene sus sorpresas. Pellegrini era un hombre de cultura humanística, de ideas progresistas, partidario de la industrialización y la Argentina aparecía como un lugar apropiado para dar vuelo a sus inquietudes. Sin embargo, no sospechaba seguramente que un hijo suyo alcanzaría el cargo de presidente de la República en ese país sudamericano. Se trataba de una Argentina joven, necesitada de obras públicas, comunicaciones, rutas y diques, sumado a que todavía estaba azotada por los enfrentamientos de una guerra civil. Allí debió amoldarse el ingeniero a esta difícil situación, aunque venía asimismo de una Italia donde se enfrentaban las provincias del norte con las del Sur. Aquí ejerció su profesión y también cultivó su afición a la pintura, retratando a algunas señoras de la clase rica. Aquí también se encontró con una jovencita de 17 años, de ascendencia británica, María Bevans, con la cual contrajo matrimonio y fue padre de dos criaturas: Carlos y Julia.

También obtuvo algunos réditos importantes que, siguiendo el ejemplo de los argentinos acaudalados, le permitieron comprar una pequeña estancia en la provincia de Buenos Aires, en las cercanías de Cañuelas, que denominó “La Figura”. Sin embargo, poco tiempo después, se vio obligado a vender esa estancia por dificultades económicas que lo acosaban (“Diccionario biográfico del campo argentino”, de Jorge Newton, Bs. As. 1972, pág. 326).

Como consecuencia del patriarcado que vivía la Argentina, el ingeniero puso sus mejores esfuerzos en la formación cultural de su hijo Carlos, especialmente en otorgarle la virtud de un pensamiento creador, innovador, que no se sujetaría a las ideas dominantes y sería, a lo largo de su vida, un adelantado a la mayor parte de sus contemporáneos.

Miguel Ángel Cárcano formula esta semblanza: “La familia Pellegrini pertenecía a círculos sociales donde se cultivaban los valores intelectuales, con influencia de mentalidad y gustos europeos. La sangre sajona de María puso en la cuna de Carlos el sentido realista y práctico, la sustancia en el discurso, la decisión y la persistencia en la acción y una onza de espontáneo humorismo. La ascendencia latina de Carlos Enrique aportó la imaginación, la elocuencia, la ambición por las grandes empresas. A su vez, el medio americano desarrolló, en un ambiente propicio, esos dones misteriosos que ofrece la herencia y le agregó el culto al coraje, la pasión por la política y la conversación, la generosidad para el vencido, cierta despreocupación por los bienes materiales y un vivo deseo de gozar de la vida y alcanzar el poder” (Miguel Ángel Cárcano, Revista Redacción Económica, julio 1997).

Así, en ese ámbito, se va forjando Carlos Enrique José Pellegrini, nacido el 11 de octubre de 1846, en Buenos Aires, cuando declinaba la Confederación del Restaurador. Su infancia se alterna entre el mundo rural, vecino a Cañuelas y la vida en Buenos Aires que visitaba frecuentemente con su familia

en las épocas en que residía en una quinta de San Isidro. Aquí y allá, el niño revelaría inquietudes diversas, desde las cuestiones rurales hasta las artísticas y especialmente una manifiesta tendencia a buscar nuevos caminos aprovechando especialmente las experiencias de su padre vinculado, por negocios y como retratista, a sectores de clase media y aristocrática.

“Fue un joven precoz y travieso, que hablaba correctamente el francés y el inglés. Educado en los mejores institutos, perfeccionó el español que cuando niño no pronunciaba con corrección. En la mocedad adquirió una fácil elocución y el acento del idioma español”, según señala Cárcano (ob. cit.).

Su padre le abrió el camino a la lectura y la escritura y hasta se preocupó por enseñarle italiano y francés, mientras Carlos entraba al conocimiento del inglés por vía de los Bevans, la familia materna.

Cumple seis años cuando le llega el alboroto de las “Sesiones de junio”, punto de partida de la segregación de Buenos Aires con el abrazo del Coliseo entre el ex rosista Lorenzo Torres y el unitario Valentín Alsina. Así, Buenos Aires se coloca al margen de la Confederación, curiosamente cuando el muchachito aún no llega a comprenderlo, la historia despliega ante él lo que algún día llamaría “dos países”, el que miraba al océano y el pro-latinoamericano del interior. Y probablemente no se entera, en esos mediados de los años cincuenta, del ascenso a líder de la porteñidad de un joven llamado Bartolomé Mitre con quien, años después, entrará muchas veces en conflicto.

Luego, cursa en el colegio Nacional, mientras amplía su cultura en tertulias que se suceden en San Isidro o en la estancia de Cañuelas. En ellas, se entera que, derrocado Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires es un hervidero de posiciones entre quienes aceptan las nuevas orientaciones de Urquiza y los más porteñistas que desconfían de las ambiciones del entrerriano.

De sus andanzas en el colegio Nacional da cuenta Miguel Cané en su “Juvenilia”, mostrándolo como un muchachito muy inteligente, estudioso, pero también propenso a las picardías y desobediencias. De esa época, deja un interesante trabajo sobre “La ruina de las Misiones”.

A los 17 años –1863– inicia estudios de Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Su tarjeta de presentación, para ser aceptado como alumno, es una composición titulada “Disertación sobre instrucción pública, principalmente con respecto a las necesidades de la República Argentina”, resultando curioso que ese primer trabajo suyo apunte a una cuestión relacionada con un déficit que por entonces preocupaba a un tal Domingo Faustino Sarmiento. Su paso por la Facultad no solo fue ganado con logros académicos –sostiene Ezequiel Gallo– sino con una conducta franca y bullanguera sostenida por una inusual fortaleza física. Sus hazañas en las habituales riñas callejeras entre los estudiantes y los empleados del mercado han sido evocadas casi hasta el cansancio... Adolfo Saldías mencionará luego, en sus recuerdos, “al famoso brazo del gringo Pellegrini” (Gallo, Ezequiel, “Los nombres del poder: Carlos Pellegrini”, Edit. Fondo de Cultura Económica, pág. 11 y 12).

II. Juventud y acción política

Su juventud transcurre entre el aprendizaje de labores ganaderas, sus estudios en el colegio Nacional y sus vacaciones en la quinta de San Isidro -que su padre adquirió no solo con sus asesoramientos en materia de obras públicas sino también sobresaliendo como pintor, uno de los más conocidos de la época, retratista de varias damas aristocráticas de Buenos Aires. Como suele ocurrir, los estudios terciarios van acompañados con el despertar de su vocación política. En Buenos Aires disputan los pandilleros -así llamados por andar en pandillas- seguidores de Bartolomé Mitre y los chupandinos -así llamados porque les adjudican demasiada vocación por la bebida- que responden a una figura muy singular que está emergiendo en la política: Adolfo Alsina, hijo del acérrimo unitario Valentín Alsina, quien sin embargo se está apartando de la tendencia de su padre y hace pie en el suburbio retomando las huellas del dorreguismo y del federalismo provinciano. En esta última corriente -desde donde surge el Partido Autonomista-, comienza a militar el joven Carlos Pellegrini.

Sus veinte años lo encuentran en los fragores de la Guerra de la Triple Alianza, desempeñándose como alférez de Artillería, aunque no por mucho tiempo. Como al resto del alsinismo, no le agrada esa aventura del mitrismo y el Imperio Británico para acabar con el Paraguay desarrollada por la política de los López. La tradición oral recoge una versión de que, al integrarse las columnas militares para enviarlas a la lucha contra el Paraguay, los jefes mitristas de Buenos Aires elegían a los alsinistas para las primeras filas con mayor peligro de muerte. Se sabe que Pellegrini participa en la batalla de Tuyutí, pero no mucho más. Al poco tiempo regresa a Buenos Aires por motivos de salud.

III. ¿Voto femenino en 1869?

Retoma entonces los estudios. En 1868 se recibe de traductor público y poco después, en 1869, se gradúa de abogado. El título de la tesis resulta sorprendente: "Derecho electoral". Allí, en plena época de fraude, aboga por el sufragio universal refutando a John Stuart Mill, pero aún más, sostiene la necesidad de otorgar el derecho al sufragio a las mujeres (Vicente Cutolo, Nuevo Diccionario biográfico argentino, pág. 369).

En aquella Argentina donde el rol de la mujer se reduce a lavar los platos y conseguir novio, el joven de 23 años reclama audazmente la necesidad de otorgar el voto a la mujer, que recién se sancionará casi un siglo después.

En lo fundamental de esa tesis sostiene: "El derecho electoral nace con el ciudadano y le es inherente mientras conserve esta condición" y explica que solo puede ser limitado por causas que atiendan al bien común. Luego, agrega: "Creo que la cuestión de los derechos políticos de la mujer puede considerarse bajo dos fases, la fase política y la fase social. Como razón política, se alega contra el ejercicio de ese derecho, su debilidad y natural dependencia que la convertiría en instrumento del hombre. La debilidad moral e intelectual de la mujer no

es debida a su naturaleza, es puramente resultado de su educación... Poniendo ésta al nivel de la que recibe el hombre, desaparece esa pretendida debilidad; los numerosos casos en que la mujer ha vencido esa barrera puesta por las preocupaciones sociales al desarrollo de su inteligencia, muestran que está dotada de las suficientes aptitudes para entrar a formar parte de la sociedad política y encargarse del ejercicio de la defensa de sus derechos. En cuanto al temor de ser influida y de servir de instrumento al hombre, creo que el peligro en todos los casos sería recíproco y, a decir verdad, tratándose de esta clase de influencia, no es fácil decir quién será el dominado, si la mujer o el hombre... La única razón que hasta hoy ha existido, es que habiendo el hombre usurpado el gobierno de las sociedades, ha alejado a la mujer más por temor que por compasión... Hoy que la civilización ha colocado a la mujer en cuanto a posición social, al nivel del hombre, dándole el lugar a que es acreedora por las dotes con que la adornó la naturaleza, no hay razón para no concederle el ejercicio de sus derechos políticos..." (Carlos Pellegrini, Tesis doctoral, 1869).

También en 1869 inicia su experiencia periodística. Se incorpora a "La Prensa" –fundada por José C. Paz–. Allí se desempeña como uno de sus primeros redactores junto a Delfín Gallo, José A. Terry y Onésimo Leguizamón.

Por entonces pasa a desempeñarse como oficial primero del ministerio de Hacienda. Para su designación, su padre ha intercedido ante el ministro de Hacienda. Cuando el ministro Lucas González renuncia, lo reemplaza Nicolás Avellaneda quien, según el historiador Vicente Cutolo, le confía a Pellegrini el manejo de los principales asuntos del ministerio.

IV. ¿Industrias en el país ganadero?

Pellegrini profundiza estudios sobre economía, teniendo en cuenta las necesidades de la Argentina. Por entonces, sigue militando en el alsinismo en momentos en que la figura de Alsina crece como caudillo. Sin embargo, la mayor herencia, en lo ideológico, la recibe de su padre, en el fervor democrático y en la vocación industrialista. Muchos años después, el historiador Eduardo Astesano, en su libro "Historia de la independencia económica –significativamente con el rostro de Pellegrini en la tapa– señala: "Esa Revista del Plata que dirigió Pellegrini (padre), desempeñó una verdadera cátedra de enseñanza en todo lo vinculado con los asuntos económicos, agropecuarios y culturales. En ella se estudiaron los problemas ganaderos de la provincia de Buenos Aires, las labores agrícolas, las plantas y maderas indígenas, la molienda y consumo de la yerba mate. Y agrega Astesano: "Aquella revista, fundada y dirigida por el padre, fue la primera manifestación teórica de nuestra industria" (Eduardo Astesano, "Historia de la independencia económica argentina"). De allí provendría la vocación industrialista sostenida luego por Carlos Pellegrini durante toda su vida.

V. El proteccionismo

En 1871 contrae matrimonio con Carolina Lagos García. Por entonces, ya está entregado a la acción política y por eso, se postula como candidato a diputado, no alcanzando los votos necesarios. Sin embargo, en 1872, obtiene el apoyo necesario e ingresa a la legislatura de la Provincia de Buenos Aires.

Allí se destaca por algunos proyectos que evidencian su posición progresista. Entre otros, cabe destacar el proyecto presentado junto con Lagos García y Núñez aboliendo la prisión por deudas.

En 1873, Carlos Pellegrini es electo diputado nacional con los votos de la provincia de Buenos Aires. Allí forma parte de la comisión de Hacienda: “Propuso estudiar la ley de Aduanas y todo lo relacionado con la ley de contabilidad. Pero su intervención más brillante, que lo convirtió en uno de los principales legisladores de la época, se produjo en 1875, cuando el presidente Nicolás Avellaneda envió al Congreso un proyecto sobre derechos de importación.... Entonces, Pellegrini se manifestó proteccionista con un excelente y fundamentado discurso: “Estimaba que todo país debía desarrollar su industria nacional y que para ello era necesario protegerla desde sus comienzos puesto que estaba demostrado que el más serio obstáculo para su desarrollo había sido el liberalismo económico practicado hasta entonces” (Vicente O. Cutolo, "Nuevo diccionario biográfico argentino", Tomo V). Su figura fue creciendo como uno de los principales dirigentes del Partido Autonomista.

VI. Una fuerte personalidad

En el Congreso Nacional ya pocos ignoraban quién era ese diputado que en plena conformación de la Argentina ganadera –‘resultado definitivo’ de la batalla de Pavón, según Alfredo Terzaga– se atrevía a dar una nota disonante con ese destino que el país había tomado en base a la renta agraria diferencial obtenida por las estancias pampeanas. Ya empezaba a dejar de ser el hijo del ingeniero y pintor Pellegrini para tener peso y figura propios. “Su estatura elevada –señala Cárcano– exteriorizaba vigor físico, con sus largos brazos y fuertes manos, el andar decidido y desenvuelto, la altiva manera de llevar la cabeza, enérgica su mirada, el gesto contraído de su boca y el profuso bigote italiano...”

Su figura exterior revelaba su vida interior... Era el tipo de caudillo porteño del 80, el hombre de Estado pragmático y realista, sensible a las necesidades del país, pensaba con hechos. Su inteligencia trabajaba en función de soluciones prácticas. Le dominaba la pasión por la política. Su talla como hombre de Estado era semejante a la de Roque Sáenz Peña, éste más reflexivo y ecuánime, Pellegrini, más apasionado, activo y eficiente, absorbido por la función pública y los asuntos de gobierno... no sabía descansar. Constantemente estaba ocupado por los asuntos de Estado, por su profesión de abogado, por su afición periodística y también su interés por las carreras de caballos.

Una y otra vez, su voz se levanta en el Congreso, en contienda con los legisladores mitristas quienes acosaban por entonces al presidente Avellaneda. Ya en 1874 el mitrismo se había levantado en armas cuando Sarmiento decidió impulsar la candidatura presidencial de Avellaneda, siendo derrotado en La Verde (por Arias) y en Santa Rosa (por Roca). Ezequiel Gallo sostiene que “Pellegrini participa en la defensa del gobierno de Avellaneda frente al levantamiento mitrista de 1874” (Ezequiel Gallo, “Los nombres del Poder: Carlos Pellegrini”, Fondo de Cultura Económica, Bs, A., pág. 102).

Su vehemencia y su coraje hicieron historia en el Congreso Nacional. Basta recordar una anécdota que recupera Ramón Columba: “A raíz de un diálogo un tanto violento, un colega de Pellegrini le dice en el recinto del Senado: –Señor Senador, siempre con el sol que más calienta... Él le contesta: –Puede ser, pero si de mí se dijere lo que de usted se dice, ¡guay de quien lo dijese! Y al decir esto, da un puñetazo, rompe la tapa de su pupitre como para indicar lo que haría con el atrevido... (Ramón Columba, “El Congreso que yo he visto”, Edit. Columba, Bs. As., 1948, tomo I, págs. 18/19). Alfredo Palacios lo recordaba así, años después: “Apenas comenzaba a llamarse a sesión, yo ocupaba mi banca y desde las antecámaras llegaba el eco de las pisadas de Pellegrini... ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!... Entraba y se sentaba, yo lo miraba y aunque fuéramos pocos, me parecía que ya había quórum en el recinto. Llenaba la sala. Su rostro daba la impresión de una gran energía” (Testimonio de Alfredo L. Palacios. En “El congreso que yo he visto”, de R. Columba, ob. cit.). Desde muy joven se destacó su personalidad. En la prensa brava de 1874 se hablaba con frecuencia del joven y vehemente Dr. Pellegrini, tribuno fogoso de la causa autonomista, en los diarios de sesiones, como diputado de Buenos Aires figuraba con discursos que daban a veces origen a violentos incidentes, seguidos casi siempre de vías de hecho... Llevaba alta la frente, de nobles contornos y sus cabellos cubrían todavía su cráneo vigoroso, marchaba a largos pasos firmes, mirando a la distancia y aquel que lo encontraba, si cinco o seis metros antes de cruzarlo no había sido reconocido por él, podía estar seguro de pasar inadvertido a su lado; tenía una buena sonrisa afable para los que le eran simpáticos y un saludo seco, casi imperceptible, para los demás, su ademán era amplio y su mano huesuda no se daba nunca con abandono y muelle gesto. Delgado, ceñido en su ropa, aumentando su estatura con la galera de pelo, daba la impresión de un hombre contento con sus proporciones, satisfecho de predominar en lo físico como dominaba en lo moral. Se cuidaba poco de agrandar o de herir con sus expresiones y decía lo que se le ocurría, con palabras no siempre muy escrupulosas en el uso de los adjetivos y de las interjecciones, con una absoluta libertad de fuerza soberana y consciente de sus medios para hacerse respetar... Cuando lo conocí vivía en la calle Maipú 777, a una cuadra de la casa que más tarde ocupó...” (Joaquín de Vedia, “Como los vi yo”, Bs. As., 1922, edit. Gleizer).

VII. Norberto de la Riestra, un hombre de su Graciosa Majestad Británica

En 1876 las vacilaciones del presidente Avellaneda lo conducen al grave error de nombrar a Norberto de la Riestra como ministro de Hacienda, cediendo así posiciones, a los británicos, a favor del librecambio. Ello provoca uno de los debates más importantes de nuestra historia legislativa.

De La Riestra, asesor principal de Mitre en materia económica y financiera, expresa los intereses de la corona de su Majestad Británica. Su posición ha quedado expuesta claramente cuando el gobernador de Santa Fe, Servando Bayo, funda el Banco de la Provincia de Santa Fe y por influencia de De La

Riestra se crea en esa provincia la sucursal del Banco de Londres y Río de la Plata, con intención de competir y hasta liquidar al Banco Provincial. En esa oportunidad –ante las maniobras del Banco inglés–, Bayo decide clausurarlo y detener a su gerente, motivo por el cual los ingleses reclaman, mediante la visita de su representante diplomático (St. John), acompañado de Manuel Quintana (futuro presidente de la Argentina) al canciller Bernardo de Irigoyen. St. John y Quintana amenazan colocando a la cañonera ‘Bacon’ frente a las costas de Rosario. En defensa de nuestra soberanía, Irigoyen le enrostra a Quintana su actitud antiargentina y lo expulsa del recinto, enseñándole a St. John que una sociedad anónima, como ese Banco, no tiene nacionalidad para ser protegida por el Imperio británico. Fue ésta la primera derrota de De la Riestra.

Poco después, el Poder Ejecutivo, por iniciativa de De La Riestra, envía al Congreso un proyecto de ley para aplicar una política librecambista en materia de importaciones con un largo alegato a favor del librecambio. Este proyecto es considerado en el Congreso en 1876. Para dimensionar correctamente la importancia del proyecto y del debate que se suscita conviene recordar brevemente la trayectoria de De La Riestra.

Nacido en Buenos Aires, a los veinte años pasó a vivir en Inglaterra, donde su padre, hombre de negocios, tenía estrechos intereses con los mercaderes del Imperio. En su juventud, ingresó a la empresa “Nicholson, Green y Cía.”, donde ocupó puestos de importancia. Regresó a Buenos Aires en 1849, como representante de esa firma y anudó vínculos fuertes con financistas británicos instalados en el Río de la Plata. A partir de ese momento, fue el hombre de contacto entre los intereses ingleses radicados en la Argentina y los existentes en Londres. Para concretar esa relación, desempeñó diversos cargos en la Argentina, colocado en posiciones fundamentales para facilitar las inversiones extranjeras ventajosas para el Imperio o para anular los intentos de desarrollo de las empresas nacionales en el Río de La Plata. Fue designado ministro en la provincia de Buenos Aires y en ese carácter viajó a Londres a renegociar aspectos del empréstito Baring Brothers. Luego, fue hombre de confianza de Valentín Alsina quien lo designó en su gabinete en la provincia y en 1860 ocupó una banca en la legislatura. En 1861, regresó al ministerio de Hacienda del gobierno, ahora del gobierno nacional presidido por Derqui, quién accedió a un consejo de Mitre para nombrarlo. Después, acompañó a Mitre como ministro cuando éste fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires, siempre ocupando funciones relativas a cuestiones financieras. Posteriormente, fue senador por el bloque mitrista y en 1865 volvió a viajar a Londres para concertar empréstitos para financiar la guerra contra el Paraguay. Radicado el Banco de Londres y Río de la Plata en Buenos Aires, integró su directorio, al mismo tiempo que ocupaba un cargo en el directorio de la empresa ferroviaria inglesa de la línea del sur. En una de estas circunstancias, apareció como un político argentino ubicado en la línea liberal, pero luego constituyó un banco en Londres, al mismo tiempo que presentaba un proyecto en Argentina para privatizar el Banco de la Provincia de Buenos Aires. Asimismo, declaró en varias oportunidades, que la provincia de Buenos Aires debía convertirse en país independiente y desvincularse del resto de las provincias. A su muerte, “The Standard” sostuvo: “Desde la caída de Rosas, Mr. Riestra ha figurado tan prominentemente en los asuntos públicos que la historia de la Argentina es casi su biografía. En muchos sentidos, era considerado casi como un británico por sus simpatías por todo lo que fuese británico” (Vicente Cutolo, ob. cit. pág. 371). A este personaje enfrenta Carlos Pellegrini en el Congreso Nacional.

VIII. Una polémica fundamental

El proyecto presentado por De La Riestra sostiene la necesidad de reducir fuertemente los aranceles aduaneros para favorecer la importación de productos extranjeros, entendiendo que la Argentina debe ocuparse solamente en producir carne y cueros y luego agricultura, para abastecer a los países que ya han desarrollado sus industrias.

El debate lo inicia De La Riestra defendiendo de esta manera su proyecto: “Para favorecer a mil personas que se ocupan de hacer zapatos (con las tarifas) se recargaría de impuestos a doscientas mil almas que están calzadas. Lo mismo podemos aplicar a las fábricas de fideos... ¿Qué protección es ésta?... ¿Proteger a mil para gravar y perjudicar a doscientas?... Esas industrias artificiales nunca progresarían aquí por medios artificiales porque las industrias no se implantan por medios artificiales sino por medios naturales” (revista “Estrategia”, dirigida por el Gral. Guglielmelli, pág. 38).

Frente a estos argumentos, que serán repetidos muchas veces a lo largo de nuestra historia por los representantes de los intereses agroexportadores, se levanta de su banca y yergue su enorme estatura ese hombre a quien respetan y valoran sus compañeros de bloque –e incluso quienes se le oponen ideológicamente– y al que en los corrillos legislativos se lo conoce como “el gringo”. Es Carlos Pellegrini quien sostiene: “En todas las ramas de la legislación se nota este desdén con que la industria ha sido mirada, este poco aprecio por la industria. Tenemos que reconocer con dolor este hecho: en la Provincia de Buenos Aires lo que menos se hace es trabajar, lo último que entra en el cálculo del hombre es la industria, haciendo excepción de la industria pastoril que tenemos. Los capitales buscan siempre aquellas especulaciones que presentan perspectivas de inmenso lucro. Miran siempre con repugnancia, casi con desdén, el invertir esos capitales en empresas industriales que pudiesen ofrecer lucros más seguros, aunque más lentos... Tenemos universidades, Facultad de Derecho, de Medicina, de Ciencias Exactas, colegios secundarios, escuelas de música y declamación. Esto lo tenemos. Desde Buenos Aires hasta Jujuy y sin embargo, en la República Argentina no hay una sola escuela de Artes y Oficios... ¿Por qué? Porque nuestra industria es lo último en nuestro país y yo digo que este hábito y este modo de ser ha influido poderosamente en nuestras leyes que han venido a dar mayor fuerza a esos hábitos... que jamás se ha pensado en la industria, jamás se ha pensado en fomentarla, olvidando que toda la fuerza y la riqueza de una nación de ella solo depende...”.

La polémica se desarrolla en varias sesiones legislativas y en ellas, Pellegrini asesta duros golpes a la concepción liberal sustentada por el ministro De La Riestra. Más aún, Pellegrini llega a sostener que la posición del ministro integra la concepción de la división internacional del trabajo entre Argentina y Gran Bretaña. Los legisladores siguen con atención su poderosa voz que expone fuertes argumentos: “... Si el librecambio desarrolla la industria cuando ha adquirido cierto vigor y le permite alcanzar todo el esplendor posible, el librecambio mata a la industria naciente. Los que han defendido ciegamente estas teorías sostenidas en otras partes, no se han apercebido que apoyaban intereses contrarios a los propios... Cuando esto se discutía en el Parlamento inglés, uno de los ilustrados defensores del librecambio decía que él quería, sosteniendo su doctrina, hacer de la Inglaterra la fábrica del mundo y de la América, la granja de Inglaterra y decía gran verdad que en parte se ha realizado (1876) porque, en efecto, nosotros somos y seremos por mucho tiempo, si no ponemos remedio al mal, la granja de las grandes naciones...”. Luego, agrega: “Yo pregunto, ¿qué produce hoy la provincia de Buenos Aires? Triste es decirlo, solo produce pasto y toda su riqueza depende de las nubes... Es necesario que en

la República Argentina se trabaje y se produzca algo más que pasto”. En apoyo de Pellegrini se manifiestan algunos legisladores de origen autonomista, especialmente Vicente Fidel López, también proteccionista, quien a la vuelta de su exilio durante el gobierno de Rosas, se ha replanteado sus posiciones y milita en el campo contrario al de los liberales: “Para el señor ministro De La Riestra un país que produce solo materias primas... puede alcanzar la misma altura que el que produce materias manufacturadas... y yo digo que si nos limitamos a esa esfera, jamás saldremos de la pobreza, de la miseria, de la barbarie y del retroceso. Sin trabajo industrial y manufacturero es imposible alimentar la riqueza y adquirir capitales propios, capitales nacionales... Los que saben manufacturar, los que de un cuero saben hacer el rico correaje, esos son los que son pagados... No es el cuero mismo no trabajado el que nos ha de dar la suma de riqueza que necesitamos, tanto no nos la ha de dar que en este año 1876, después de dos siglos que producimos cuero, le estamos debiendo a la Europa diez o doce millones de patacones. ¿Por qué? Porque no somos manufactureros: el cuero, nos lo llevan de aquí y lo devuelven manufacturado, porque tenemos que pagar a los manufactureros extraños, por los cueros, mucho más del valor que tenían antes, cuando los mandamos... El señor ministro está un siglo atrasado... Se necesita que el precio del trabajo quede en el país donde se hace el trabajo. ¿Qué me importa a mí que sea muy bajo el precio de las cosas? ¿Qué me importa que el producto sea barato si no tengo capital en efectivo con qué comprarlo?” A su vez, insiste Pellegrini: “Es evidente que hoy somos simplemente un pueblo pastor, que nuestra única riqueza se reduce al pastoreo y en pequeñísima parte a la agricultura. Entonces, en nombre de la experiencia, yo preguntaría a los librecambistas: ¿Cuál es la nación del mundo que ha sido grande y poderosa siendo únicamente pastora?” (Estrategia, 88 y 89). En esta extensa polémica aparecen una y otra vez cuestiones que serán discutidas en la Argentina durante mucho años, tales como la mayor productividad por hombre en el personal de fábrica, la desocupación que aumenta al multiplicarse la población, en un país cuya producción principal reclama muy poca mano de obra, el peligro de los efectos que una sequía importante produce sobre la economía general al reducir notablemente la producción, así como las exportaciones, la concentración de la actividad productiva en la pampa húmeda considerada la clave del progreso por los estancieros que constituyen las familias más ricas de la Argentina, la imposibilidad de progreso para el hombre argentino que carece de tierras y no encuentra otro tipo de trabajo. Todos estos perjuicios derivan de la condición semi-colonial en que hunde al país la condición de economía complementaria, subordinada, frente a los grandes países desarrollados. No es mera casualidad que hombres que han llegado a la presidencia de la Nación o a los ministerios de Hacienda y Economía hayan sido consagrados por la prensa, también en manos de la clase poderosa, que son los mismos que estuvieron apoyando a De La Riestra en esta polémica, como es el caso de Mitre, de Quintana y también de familias que extendieron su influencia a varias décadas posteriores, como los Martínez de Hoz. No es casualidad que los grandes matutinos como “La Nación” y “La Prensa” acostumbren a referirse a los perjuicios de las llamadas ‘industrias artificiales’ o políticas que hayan aniquilado miles de empresas industriales ya avanzado el siglo XXI.

La polémica provocó largos debates en que, entre otros, intervinieron a favor de la industria, Emilio de Alvear, Alcorta, Cané y Aditardo Heredia. El proyecto de De La Riestra no es sancionado, provocando su renuncia al cargo de ministro el 21 de agosto de 1876.

Historiadores serios –ajenos a la Historia Oficial– han destacado las consecuencias de los cambios introducidos por el gobierno de Avellaneda en las tarifas aduaneras. Después de catorce años de política libre-importadora que generó déficits del comercio exterior, se inicia en 1876 una política

económica proteccionista. “La tasa general aduanera –señala Lauro Fagalde– fue elevada en un 20% y la introducción de mercaderías extranjeras que competían con las producidas en el país, aumentó su tasa en 30 y 40%. Las medidas tuvieron el doble efecto de que las importaciones bajaran de 73 millones a 36 millones, saneando así el déficit del comercio externo”.

Por su parte, Gallo y Cortés Conde admiten, en “La república conservadora” que “coadyuvó al desarrollo industrial la ley de Aduanas de 1876 y sus posteriores reglamentaciones de 1883 y 1887. La ley de 1876 estableció un derecho uniforme del 25% para gran parte de las mercaderías importadas y benefició con mayores gravámenes a la industria de la alimentación, confecciones, destilerías y bodegas” (Gallo y Cortés Conde, “La república conservadora”, Hyspamérica, 1986, pág. 33). Asimismo, Adolfo Dorfman señala que las tarifas protectoras sancionadas permitieron la consolidación de industrias, fundándose entre 1880 y 1890 los primeros establecimientos de carnes, cerveza, cigarrillos, jabón, curtiembres, cal, yeso y mosaicos (A. Dorfman “Historia de la Industria Argentina”, Hachette, 1970, pág. 115). “En esa época, el mercado interno comienza a ser abastecido por harina nacional y va hacia la exportación de trigo”, sostiene Norberto D’Atri. (N. D’atri, “Del 80 al 90 en la Argentina”, A. Peña Lillo Editor, págs., 10 y 11). Por su parte, Luis Sommi agrega que “aunque parezca inverosímil se fabrica papel de diario, se intensifica la producción de paños, sedas, calzado, muebles, vino, azúcares, fideos y galletitas” (idem N. D’atri, ob. cit.).

Este triunfo de los industrialistas –en ese debate en el cual Pellegrini juega uno de los principales roles– forma parte de un período de nuestra historia en que se manifestó la mayor resistencia al plan de los grandes hacendados bonaerenses asociados al Imperio Británico con su proyecto de “el granero del mundo”, que respondía a la organización de una economía de “división internacional del trabajo”. Fueron varios los argentinos que levantaron entonces su voz en esos años, rechazando el proyecto semi-colonial.

Siendo Carlos Pellegrini uno de los principales defensores de esta postura, la historia oficial lo redujo a fundador del Jockey club. Esa audacia lo marginó del recuerdo o lo tergiversó en su importancia en otras actividades, como a Vicente Fidel López recordado solo como historiador. Otro caso más grave aún es el de Rafael Hernández, el hermano de José Hernández, quien fue sepultado en el silencio.

Solo hubo recuerdos aislados como cita Jorge Schvarzer en su libro “Empresarios del pasado” donde señala que entre 1876 y 1877 el gobierno de Avellaneda otorgó dos subsidios de 100.000 pesos al recién nacido Club Industrial, constituido el 12 de septiembre de 1875, con domicilio en Belgrano 483 de la ciudad de Buenos Aires. Ese Club Industrial fue impulsado por los ya mencionados y también por Miguel Cané, Rufino Varela, Roque Sáenz Peña, Estanislao Zeballos y Nicasio Oroño. El historiador Carlos Heras señala: “El partido liberal sostuvo el librecambio y el diario “La Nación”, su órgano más autorizado, combatió en diversas oportunidades al proteccionismo” (C. Heras, Academia Nacional de la historia, tomo 12, pág. 459).

El Club Industrial alcanzó suma importancia por entonces y ello provocó la reacción de la minoría oligárquica que fundó una organización disidente con el nombre de Centro Industrial. Desde aquí, se lanzó una campaña contra los industrialistas tergiversando sus objetivos y

alertando sobre los efectos nocivos y peligrosos que produce la industrialización, especialmente en el orden social. José Chiaramonte señala que ese Centro apela a argumentos archi-reaccionarios para atemorizar a la población y obstaculizar la instalación de industrias. Uno de ellos, a través de sus periódicos “Libertad” y “El Nacional”, sostenía “que la industrialización promueve el surgimiento de un proletariado de ‘bárbaros comunistas’, como ya ha sucedido en Europa” (H Chiaramonte. “Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina”, 1860-1880, Solar Hachette, 1971, pág. 56).

Fue un tremendo esfuerzo el de los verdaderos industrialistas –como el caso de Pellegrini que luchó toda su vida por la industrialización– pero las ventajas comparativas, a saber: alta fertilidad por una capa de humus muy importante, cercanía al puertoy la Aduana –trazado de los ferrocarriles hacia el puerto– habrán de imponerse al proyecto industrialista. Para vender carne y luego cereales, hay que comprarle a Europa sus manufacturas y no producirlos en la Argentina, arguyeron los liberales, por lo cual no es preciso fabricar en la Argentina, porque resultan productos caros y de mala calidad en comparación con los importados. Cuando va declinando el partido Autonomista el país tomará el rumbo de la economía agroexportadora: Manuel Quintana, en 1904, será presidente de la Argentina, después de ser, durante muchos años, abogado de varias empresas inglesas (ferrocarriles, bancos, cías. de seguros, de servicios, grandes importadores, etc.) y sus primeras medidas bajarán las tarifas protectoras.

Sin embargo, en ese período que va desde 1876 hasta 1893 los industrialistas hacen escuchar sus proyectos y entre ellos, Pellegrini levanta su voz, manteniendo luego, casi en soledad y hasta su muerte, su misma posición de manufacturar nuestros recursos naturales. Su actuación parlamentaria queda en el recuerdo: “No he visto orador más libre en sus movimientos, más dueño de sus brazos, de sus puños, de sus manos, de sus actitudes, ora cuando echaba el cuerpo hacia delante, recogiendo bajo la banca una de sus largas piernas, mientras tocaba con la rodilla de la otra, el respaldo de la banca de enfrente y así, en una línea sesgada, se encaraba con la presidencia; ora cuando buscaba a sus espaldas al adversario, con la mirada de quien trata de descubrir lo infinitamente pequeño, ora cuando exponía tranquilamente una idea, alternando de continuo, sus lentes de leer con los de ver de lejos y después de buscar, al parecer en el aire, en el hecho, una idea de pronto, agachaba la cabeza y pronunciaba de un aliento la frase misma que era, como el último tiro de cañón de la batalla, la decisiva, la aplastante. Y con qué admirable y noble sencillez celebraba con franca risa, tanto una chuscada de su frecuente adversario el ministro Civit, como una suave ironía de D. Bernardo de Irigoyen, seguro de que él podía siempre batir palmas al enemigo y encontrar sus manos libres para defenderse, ¡cada vez que fuera necesario! Y ni la ironía, ni la chuscada le faltaban, cuando él quería usarlas, ningún recurso lícito de polémica era ajeno a aquel gran polemista oral” (Joaquín de Vedia, “Como los vi yo”, edit. Gleizer., ob. cit.).

IX. El rol de Pellegrini en los enfrentamientos del 80

La presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880) resulta un gobierno débil y es acosado por los conservadores liberales. De allí que el presidente promueva un proyecto de Conciliación entre ambas grandes corrientes políticas, para atemperar las tensiones y evitar un conflicto violento. Ramón Cárcano sostiene: “Por entonces, Tejedor es el principal y más exclusivo exponente del localismo metropolitano, después de Valentín Alsina y Nicolás Anchorena, con su banderita de la patria chica. El viejo Tejedor, que no ha bajado del Arroyo del Medio, siente desprecio por las provincias, a las cuales ha llamado ‘trece ranchos’” (R. Cárcano, “Mis primeros 80 años”, Bs. As., 1965, Plus Ultra, pág. 53). Pero ha crecido también la figura del caudillo –Adolfo Alsina– quien aspira a candidatearse en las elecciones del 80.

Adolfo Alsina resulta, en gran medida, la resurrección del dorreguismo, del federalismo provinciano en Buenos Aires. Pellegrini es, en este sentido, una de las pocas apoyaturas relevantes que tiene su Partido Autonomista en la ciudad Puerto.

A mediados de los setenta y contemporáneamente a ese triunfo autonomista en el Congreso, don Adolfo fortifica sus huestes en los barrios suburbanos. Amigo del legendario Juan Moreira –a quien regala su cuchillo– Alsina visita los prostíbulos como algo natural con estas palabras: –Esta noche voy a visitar ‘a las señoras’. Su personalidad es cautivante y nadie duda de su candidatura victoriosa. Pero Alsina realiza una gira donde bebe un agua un tanto sospechosa, y al regresar, enferma gravemente. Nada pueden hacer los médicos y el caudillo fallece, ante la consternación de sus fieles. Un espacio vacío espera a un candidato.

En 1879, ante el crecimiento de la fuerza opositora liberal oligárquica y los rumores de conspiración militar –cuando Roca abandona el ministerio de Guerra para preparar su candidatura– Avellaneda recurre a Pellegrini designándolo para ese cargo. La lucha política de entonces se carga con una cuestión que se viene arrastrando desde años atrás: la federalización de la ciudad de Buenos Aires, que significa la nacionalización de la Aduana y la distribución de sus rentas a todas las provincias.

La prepotencia porteña llega entonces al extremo que un agente de policía le impide la entrada a un teatro al presidente de la Nación porque no le corresponde autoridad sobre esa jurisdicción. Tejedor habla despectivamente del presidente Avellaneda como del “huésped” de Buenos Aires. El enfrentamiento se agudiza.

El Partido Republicano, lanzado por Aristóbulo del Valle, en disidencia con “la conciliación”, convoca a varias personalidades para dar nuevas formas al Autonomismo. A la reunión concurren Pellegrini, Sáenz Peña, Alem, Del Valle, Irigoyen, Sarmiento, Wilde y V. F. López, procurando cerrar el paso a la candidatura de Tejedor.

El diario “La Nación” ataca duramente a Roca y denuncia la existencia de una liga de gobernadores del interior, como así también el envío de armas desde el gobierno nacional a las provincias.

En carta a Juárez Celman, Roca define la situación política del momento: "... Resumiendo (ante las próximas elecciones) tenemos a Sarmiento, que no es una solución de paz para la República y ya está bastante viejo. A Rocha, a Bernardo de Irigoyen y a mí, que no podemos ser candidatos con posibilidades de triunfo, que seríamos muy combatidos. Quedan Tejedor y Mitre. ¿Por cuál de los dos les parece que debemos decidirnos? Estoy seguro de que, sin trepidar, ustedes se decidirán por el primero. Yo también soy del mismo parecer. Mitre sería la ruina para el país. Su partido es una especie de casta que cree tener derechos divinos para gobernar la República... Tejedor, si no es jefe de partido, y tiene el mal sentido de elegir palabras como aquella de 'huésped' para el gobierno nacional, es hombre recto, honrado y no tan terco, ni indócil... Creo que nos debemos apresurar. Hay el peligro de que Sarmiento lance al viento su candidatura y de que Tejedor sea levantado por los mitristas" (Carta de Roca a Juárez Celman, 24/7/78. "Historia de Roca", A. Terzaga, A. Peña Lillo Editor, pág. 527).

El 11 de abril de 1880 se realizan las elecciones, con las prácticas dudosas de aquel entonces. Tejedor, expresión de "los conciliados", alcanza 70 electores: 54 en Buenos Aires y 16 en Corrientes. El resto de los electores (161) apoyan a Roca. El primero de mayo se discuten los diplomas en el Congreso. Esa tarea ocupa varios días y el 7 de mayo los rifleros liberales, desde los palcos, apuntan a los electores. Mitre los detiene: '-No es tiempo todavía...'

El 10 de mayo se produce una reunión Roca-Tejedor, intentando evitar el enfrentamiento militar. La tradición oral señala que Tejedor ofrece una salida: designar presidente a Gorostiaga, por tratarse -dice- 'de un político insignificante'. Y Roca le contesta: -No puedo admitir que usted pretenda a "un insignificante" para dirigir el país.

El choque militar es inevitable. Pellegrini, como ministro de Guerra, convoca a las guarniciones del interior y conforma un ejército de 40.000 hombres para aplastar la inminente sedición.

El primero de junio, Tejedor hace desembarcar armas, en la costa porteña, provenientes del exterior. Pellegrini, como ministro de guerra, envía su gente para impedirlo, pero no lo logra. El 2 de junio, el presidente Avellaneda traslada su asiento al pueblo de Belgrano, la Chacarita de colegiales y al cuartel del primero de caballería al mando del general Manuel Campos. Pellegrini, como ministro de Guerra, lo acompaña junto con un grupo de legisladores. Otros, permanecen en Buenos Aires, en rebelión. El 3 de junio, Avellaneda declara a Belgrano como sede del gobierno, residencia de las autoridades nacionales: "El gobernador de Buenos Aires se ha alzado abiertamente en armas contra las leyes de la nación y los poderes públicos...Voy a mover los hombres y las armas de la nación a fin de hacer cumplir y respetar las leyes". Lo acompañan la mayoría de los senadores. 49 diputados permanecen en Buenos Aires al igual que la Suprema Corte y el vicepresidente Mariano Acosta. El 13 de junio se reúnen los electores en las capitales de provincias y eligen a Julio A. Roca y Vicente Madero como presidente y vicepresidente de la Nación, respectivamente.

X. Los tres mil muertos de los sucesos del 80

El enfrentamiento queda descrito por Eduardo Gutiérrez en su libro "La muerte de Buenos Aires", desde la óptica porteña. Allí, descalifica al movimiento provinciano: "Esos doce gobernadores de la Liga no son más que doce mulatillos que pretenden imponer un general a la República... Los guardias santafesinos, los lanceros de la muerte cordobeses y los greñudos del interior del monte aflaban las chuzas con las que habían de entrar en la ciudad" (E. Gutiérrez. "La muerte de Bs. As.", edit. Hachette). En cambio "la gente de posición y fortuna, los Bullrich, Olmos, Cantilo, Balbín, Casares, Videla Dorna Argerich... las familias de Lanusse, Escalada, Piaggio, Lasalle, Devoto, Martínez de Hoz, Atucha, Mitre... y con ellos lo más notable del Foro y del comercio porteño" (Gutiérrez, ob. cit.) están dispuestos a defenderse de la avalancha del interior.

A mediados de junio, los dos ejércitos se enfrentan. Las fuerzas porteñas al mando de Arias se repliegan en los campos de Olivera ante la embestida de las fuerzas nacionales comandadas por el general Racedo. El general Olascoaga, con sus fuerzas del interior, controla Almagro y Palermo. Pero las dos batallas decisivas se dan el 20 y el 21, en Puente Alsina y Los Corrales, donde Levalle y el mismo Pellegrini, ministro de guerra a caballo, derrotan a las fuerzas mitristas que pretenden impedirles el ingreso a la ciudad. Cinco batallas se dan dentro de la ciudad, aunque estos sucesos no serán destacados con énfasis en las historias escolares, quizás porque fue un importante triunfo nacional ligado a la federalización de la Aduana.

"En los días del 80, para asegurar la autoridad nacional, Pellegrini no vaciló en emplear la violencia para lograr ese propósito" (M. A. Cárcano, revista Redacción, ob. cit.). El mismo Cárcano agrega: "Pellegrini fue factor principal para vigorizar al gobierno de Avellaneda. Desde su Ministerio de guerra contribuyó al triunfo militar sobre el levantisco gobernador Tejedor" (Cárcano, ob. cit.).

Vicente Cutolo sostiene: "Pellegrini asistió personalmente al combate de Puente Alsina y que, en la lucha, como ministro de Guerra y Marina, fue el hombre fundamental para dar fuerzas a Avellaneda, siempre más propenso al diálogo y menos a la lucha frontal" (V. Cutolo, ob. cit.).

El 22 de junio, Tejedor, como gobernador de la provincia de Buenos Aires, designa a Mitre comandante en jefe de la ciudad, pero Buenos Aires ya está derrotada y Mitre entiende que ya no puede mantener la confrontación. Las fuerzas del interior han triunfado consolidando al presidente Avellaneda.

Sangre argentina riega las calles de la gran ciudad. Alrededor de 3000 muertos consignan los protagonistas de ambos bandos. Pellegrini y Avellaneda quedan como las figuras más trascendentes junto al General Roca que se asegura la presidencia y el control nacional de la Aduana para todo el país. Tejedor declina su cargo y lo reemplaza por el vicegobernador Moreno. Avellaneda vacila ante esta situación que deja el poder provincial en manos de los insurrectos, pero Pellegrini lo convence para que Moreno sea desplazado y la legislatura provincial se disuelva, El diario "La Nación" afirma: "Desde hoy en adelante lleva el doctor Avellaneda en su frente una marca de fuego y sangre en que se lee 'Asesino, degollador del pueblo de Buenos Aires'" (Hilda Sabato, pág. 242).

En el Congreso nacional se presenta el proyecto de federalización de la ciudad.

Aprobado el proyecto, el presidente Avellaneda –el día 20– promulga la ley designando a Buenos Aires capital de la República Argentina.

Resulta sorprendente que estos sucesos –con tres mil compatriotas muertos en la contienda– no haya merecido la atención en la enseñanza de la historia argentina, donde pasan casi sin importancia. Si se prueba en un interrogatorio a estudiantes de diversos niveles, la mayoría desconoce que varias batallas se dieron en la ciudad puerto y que el país entero se conmovió ante el conflicto. Quizás alguno tenga una noción difusa de los combates de Los Corrales y Puente Alsina que fueron los más importantes, pero desconocen el rol que jugaron Racedo y Levalle y menos aún que Pellegrini comandaba fuerzas militares en esa lucha. Luis A. Murray señala que “en Los Corrales y Puente Alsina corrió más sangre de argentinos que en varias de las batallas de la independencia sumadas...Solo episodios de la Guerra de la Triple Alianza se acercan a aquellos fúnebres guarismos” (L. A. Murray, Clarín 20/9/ 80).

En medio del conflicto, otros dos sucesos pasan casi desapercibidos para los historiadores oficiales. Uno, que el 30 de julio de 1880 se funda orgánicamente el Partido Autonomista Nacional. En su manifiesto aparecen Del Valle, Wilde, Navarro Viola, Hipólito Yrigoyen y entre ellos, por supuesto, Carlos Pellegrini. El otro suceso es la recepción de los restos mortales del General José de San Martín, quien había fallecido 30 años atrás (17 de agosto de 1850), período en el cual viejos rencores habían impedido que fuesen traídos al país. Mitre y Sarmiento admitieron que era el padre de la patria, pero no podían olvidar su acercamiento a los caudillos, su grave enfrentamiento con Rivadavia (con quien estuvo a punto de batirse a duelo), su legado del sable a Rosas. A Carlos Pellegrini le correspondió la representación de los argentinos –y el fin de esa discriminación– representando al gobierno en la recepción de esos restos.

XI. Después del 80

Roca asume la presidencia el 12 de octubre de 1880 y la ejerce hasta 1886. El historiador Carlos Heras sostiene: “Roca era, sin duda, el exponente de la corriente federal que siempre había resistido la hegemonía porteña y ansiaba cobrarse la derrota de Pavón” (C. Heras, Academia Nacional de la Historia, tomo 12, pág. 206). Asimismo, Arturo Jauretche señala que “el roquismo da entrada a las provincias en la política nacional... Es fácil percibir una línea “federalismo – Roca-Yrigoyen,” en muchos hombres. Eso sí, a Roca le faltó apoyo de masas”, apunta Jauretche (A. Jauretche, en “La Nación”, 24/1/1961).

Entre los colaboradores del nuevo presidente figuran varios políticos adversarios del mitrismo. Por ejemplo, Bernardo de Irigoyen, designado canciller, de antigua raigambre federal. Otro caso es el de Benjamín Victorica, designado en Guerra y Marina, quien proviene del urquicismo. En Hacienda, Juan José Romero, ligado a Aristóbulo del Valle. En 1882, Roca designa ministro de Educación a Eduardo Wilde. Industrialista, gestor de la ley 1420, autor de formidables mandobles contra “la aristocracia mitrista” y de un artículo titulado “Los descamisados” reivindicando para sí esa calificación, porque

“los que tienen camisa, casa, alimentos y dinero, son los mitristas” (“Vida y obra de Eduardo Wilde”, de Norberto Acerbi, Bs As, 1995, Original y Copia Editores, artículo del 12/4/1874).

Sin embargo, a pesar de que la participación de Pellegrini en los sucesos del 80 es relevante, no integra el gabinete. Solo Dardo Rocha, candidato a gobernador de la Provincia de Buenos Aires, le ofrece la candidatura a vicegobernador, pero Pellegrini la declina amistosamente.

En Buenos Aires, Roca carece de apoyo importante, entre ellos, Diego de Alvear y especialmente Pellegrini. Con este último estrecha una amistad que durará dos décadas, pero quizás lo considera demasiado independiente para ser un colaborador obediente. Sin embargo, inevitablemente Pellegrini participa del nuevo gobierno. Es elegido senador por el oficialismo en 1882 y luego, como hombre de confianza, será ministro de Guerra y Marina en 1885. Además, la tradición oral señala que Pellegrini se comporta a menudo como consejero de Roca, en complicados asuntos políticos.

Asimismo, en 1881, Pellegrini se desempeña como miembro del Consejo General de Educación, en la Provincia de Buenos Aires, designado por el gobernador provisorio Juan José Romero.

En esa época renacen sus experiencias rurales de juventud y se ocupa de estudiar el problema ganadero. Su interés mayor lo dedica a los caballos de raza y así, en 1883, funda el Jockey Club. “Quiero contarte que la idea de fundar el Jockey Club nació en París, después de asistir un día al Derby, en Chantilly. Nos reunimos a comer, Miguel Cané, Pedro Acebal, Pellegrini y yo” recuerda González Moreno. “En esa comida –agrega– la conversación terminó sobre este tema, diciendo Pellegrini: Bueno, den por constituido el Jockey Club de Buenos Aires y así resultó (Recuerdo de Remigio González Moreno, Ezequiel Gallo, ob. cit. Pág. 44). Y en Europa se interioriza en temas vinculados a la crianza y cuidado de caballos de carrera, una de sus pasiones. Al pasar, le comentará a un amigo: “La ventaja del Jockey Club era que allí nunca se hablaba de política” (E. Gallo, ob. Cit. pág. 28). Era, además, “un centro social y cultural” (ídem).

A su regreso, en 1884, junto con Lucio V. López, Delfín Gallo, Roque Sáenz Peña y Paul Groussac, lanza el periódico Sud América. “Se trata de un diario político y literario, fundado en 1844 y publicado hasta 1892. Su jefe de redacción era Luis F. Navarro. En sus páginas se publicó “La gran Aldea”, generalmente calificado en los colegios como una novela neutra, de costumbres, cuando en realidad en sus páginas se retrata críticamente a la clase rica del puerto de Buenos Aires (Gran enciclopedia argentina, Abad de Santillán). Desde “Sud América”, Pellegrini y sus compañeros apoyan al gobierno de Roca.

En 1885, como ministro de Guerra y Marina, el historiador Cutolo rescata su energía y decisión en diversos conflictos. Uno de ellos se origina cuando el general Viejobueno, jefe del estado mayor del Ejército, recibió críticas por parte de un periódico de la oposición y reaccionó, con

furia, al considerarlas injuriosas, solicitando que se lo suspendiera en sus funciones. El ministro denegó el pedido manifestándole que no era posible acceder, sin perjuicio de que ejerciese las acciones que creyese correspondientes, ‘puesto que las publicaciones de la prensa periódica son actos ajenos a la administración y no pueden ser motivo para suspender empleados, que como usted, gozan de toda la confianza a que lo han hecho acreedor sus antecedentes y servicios prestados’. “Pocos días después, apareció una Orden General (6 de octubre), prohibiendo a los militares en actividad y en retiro, toda actuación política” (V. Cutolo, ob. cit. , pág. 370).

Llegado el fin del período presidencial de Roca, éste, como es costumbre en esa época, decide el candidato para sucederle. De sus allegados políticos, Pellegrini es indudablemente quien tiene mayor peso político, pero es muy probable que Roca, convertido ya en político exitoso y acostumbrado a las maniobras y picardías que le ganan el apodo de “el zorro”, haya considerado que Pellegrini, si accediera a la presidencia, no sería manejable ni atendería sus consejos, dado su fuerte carácter y sus acostumbradas posiciones independientes. Por ello, opta por Miguel Juárez Celman, quien ha realizado, desde Córdoba, una labor importante en la Liga de gobernadores del 80 y que además es conuñado suyo pues ambos han contraído matrimonio con dos hermanas de la familia Funes. Roca creyó posiblemente que Juárez sería una manera de prolongar su presidencia desde el 80 hasta el 92. Pero también con la sensatez de quien conoce los valores de Pellegrini lo convoca a compartir, como vicepresidente, la fórmula con Juárez.

De este modo, los electores para presidente en 1886 otorgan la mayoría de los votos a la fórmula Miguel Juárez Celman-Carlos Pellegrini sobre la fórmula Dardo Rocha Bernardo de Irigoyen. Su triunfo resulta abrumador: obtienen 168 electores, sobre 32 electores logrados por los candidatos de la oposición. En esa elección ocurre un hecho poco común: Juárez gana 168 electores mientras que Pellegrini, como candidato a Vice, obtiene 179, lo cual evidencia que la importancia política de este último es superior a la de quien preside la fórmula.

Cabe destacar, asimismo, la opinión, sobre el nuevo gobierno, por parte de Callet Bois quien señala: “una misma pasión política identificaba a Roca y a Juárez: el odio al partido liberal presidido por Mitre” (Academia Nacional de la Historia, tomo 12, primera sección). Puede señalarse que ese odio también es compartido por otros, entre quienes figuran Pellegrini y Eduardo Wilde.

Pero, esta vez, “el zorro” había errado. Desde sus inicios, la política de Juárez manifiesta vacilaciones y grave declinación respecto al gobierno anterior de Roca. Para completar el perfil del nuevo gobierno, debe destacarse que Juárez Celman ha sido influido últimamente por las ideas del liberalismo conservador, según algunos dado la fuerte relación que mantiene con terratenientes de Córdoba, como asimismo la influencia de la creciente inmigración de esos años que debilita las vocaciones nacionales. Lo cierto es que Juárez se aleja de la política de su conuñado.

XII. Las concesiones de Juárez Celman al liberalismo

Si bien Juárez incorpora a su gabinete a algunos hombres que integraron el gobierno de Roca, como Wilde y Racedo, el resto de su gabinete es ajeno al gobierno anterior. Del mismo modo, procede apoyando a algunos políticos del interior del país que han manifestado disidencias con el gobierno de su conuñado.

Pellegrini le escribe a Roca: “La gran preocupación del momento es la cuestión Tucumán, que usted conocerá. En nuestra tranquilidad y progreso, cuando ya nos creíamos nación seria y nos ofendía el que lo dudaran, una revolución que derroca autoridades aprisiona ciudadanos y decide cuestiones de preponderancia a balazos, dejando en calles y plazas un centenar de muertos y heridos, nos recuerda que aún somos una nación sudamericana. ¿Será la última vez?” (Gustavo Ferrari, “Apogeo y crisis del liberalismo”, Bs. As. Edit. La Bastilla, pág. 64).

Con respecto a esos hechos prohijados desde la presidencia de la nación, Roca manifiesta, asimismo, su enojo a Juárez: “Lo que ha sido una lástima es la revolución de Tucumán. No se puede imaginar el mal que esto nos hace a lo lejos. No hago juicios y solamente lamento el hecho. Están comprometidos en ella amigos que quiero mucho y que lo han sido siempre en los momentos más difíciles” (Ferrari G, ob. cit.). Asimismo, el desplazamiento de Olmos en Córdoba por Marcos Juárez, hermano del presidente, evidencia cómo se profundiza el desacuerdo entre Juárez Celman y quienes lo apoyaron para elevarlo a la presidencia. Aristóbulo del Valle, a su vez, señala que “hay principios de descomposición entre los triunfadores de la última elección” (Carta de Aristóbulo del Valle a Dardo Rocha, 15/4/1888).

Con motivo de estos incidentes las versiones periodísticas indican que tanto el vicepresidente Pellegrini, como el ministro Wilde, toman distancia respecto a la política del presidente.

En otras cartas, Roca expresa su disgusto. Al mismo Juárez le señala su inconducta y su intención de desmerecerlo en sus designaciones y en carta a Gregorio Torres se arrepiente de haberlo elegido como candidato en 1886: “Mi peso más grande es la responsabilidad que tengo ante el país por tanta torpeza que he cometido al servir de puente y barrer el camino hacia tanta inmundicia” (Roca, carta a G. Torres. En Joaquín Rivero Astengo, “Juárez Celman”, Bs. As., 1944, edit. Kraft., 28/1/1889, pág. 496). Del mismo modo, Pellegrini manifiesta su desagrado ante la gestión de Juárez Celman, no solo por las medidas económicas sino por lo que se llamó ‘el unicato’ autoritario y personalista del presidente. En carta a Roca le escribe: “Hay un pequeño grupo que no tiene más importancia que su intimidad con el presidente y no tiene embarazo en usar el nombre del presidente para todo y está agitando, habiendo ya lanzado la candidatura de Cárcano y haciendo entender, a muchos, que cuentan con el apoyo de Juárez. Como es de suponer, no miran con buen ojo su regreso (el de Roca) porque le temen. Saben que todo lo que algo vale en el partido es amigo suyo” (Ferrari ob. cit., pág. 83).

En esa época Pellegrini ejerce la vicepresidencia “con un perfil bajo lo cual lo benefició en cuanto no se lo percibía comprometido con la impopular gestión juarista” (E. Gallo, “Los nombres del poder: Pellegrini, ob. cit., pág. 52).

Mientras, Juárez avanza en una política privatizaciones (obras de salubridad, ferrocarriles) y excesivos apoyos al capital extranjero. Llega, incluso, a proponer la venta de 24.000 leguas de tierra patagónica, que han quedado como tierras fiscales. Esto provoca el enojo de Pellegrini quién le manifiesta a un amigo: “La venta de veinticuatro mil leguas de La Patagonia en Europa, sería una calamidad que nos costaría lágrimas. Sería crear una Irlanda en medio de la República y sacrificar el porvenir ante una pequeña dificultad del momento. Haz todo lo que puedas en contra y le harás un servicio al país. Le he escrito a Juárez y espero que no insista” (en Rodolfo Puiggrós, “Crecimiento y desequilibrios de Bs. As.”, CEAL, tomo V, pág. 156).

Disidente con el curso que ha tomado el gobierno, Roca le escribe a De Vedia: “El proyecto de venta de las Obras de Salubridad es también un proyecto desgraciado que se ha arrojado a los opositores como buena presa para clavar el diente lleno de ponzoña. Yo aconsejé en contra, pero no me hicieron caso. La bulla y la resistencia que esta idea ha levantado, hasta entre muchos amigos en cuyo espíritu leo desde aquí, me prueba que yo tenía razón. Si a pesar de todo, el proyecto, rechazado casi por unanimidad en la forma de contrato, se convierte en ley, contraría los intereses públicos en el sentido de la mayoría de la opinión de esa Capital, tan esquilada por las compañías de gas y otros servicios. A estar a la teoría de que los gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al correo, al telégrafo, los puertos, las oficinas de rentas, al ejército y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder” (Roca a De Vedia, carta en “Juárez” de Rivero Astengo, ob. cit., pág. 457).

Juárez profundiza esta política de liberalismo oligárquico cuando dicta la ley de Bancos Garantidos, autorizando a la banca privada a emitir moneda. Wilde se aleja del gobierno presentando su renuncia. Pellegrini insiste, desde Bruselas, en “la necesidad de proteger a la industria por todos los medios y dejarse de bolsa y bimetalismo y música celestial” (Gustavo Ferrari, ob. cit., pág. 205).

Desde la vicepresidencia –y también desde el periodismo– Pellegrini brega esforzadamente por otra cuestión que resultó de su interés: la construcción del puerto de Buenos Aires: “Somos una casa sin puertas y es una vergüenza para nuestra sociabilidad, tan vigorosa bajo otros aspectos materiales, el descuido lamentable de la más vital de nuestras cuestiones económicas. Nos hemos limitado hasta ahora a tímidos ensayos, como las obras del Riachuelo, que no es ni será más que un puerto de cabotaje, sin las comodidades y amplitud creciente que el desenvolvimiento comercial de la ciudad exige... Entre la nave que llegaba a nuestras costas y nuestros medios de transporte terrestre, había una solución de continuidad representada por inmensos bajíos de olas encrespadas que hacían del desembarco un problema a sujeto al azar de los vientos, que lo tornaban de grotesco y ridículo, en peligroso o trágico” (Pellegrini, citado por H. Gambini, en Redacción Económica, julio de 1997).

Bajo su permanente preocupación, se logró finalmente avanzar en la construcción del puerto y él, como vicepresidente, en enero de 1889, tuvo la satisfacción, de inaugurarlo, cumpliendo así con el proyecto que sesenta años atrás, había sostenido su abuelo materno el ingeniero hidráulico James Bevans, ahora en el proyecto de Eduardo Madero –de diques cerrados– aunque Pellegrini era partidario del proyecto de Huergo, de diques abiertos.

Pero la política general de liberalismo conservador sin límites impulsada por Juárez encamina inevitablemente al país hacia el abismo. El gobierno aumenta sus concesiones y la colocación de títulos. La especulación cunde en la mayor parte de la sociedad. La oposición incrementa sus críticas. El periodismo –salvo “Sud América” y “La Argentina”– lanza furibundas críticas a Juárez Celman, quien, a su vez, se debilita por los disentimientos internos de los amigos que lo llevaron al gobierno en 1886. La crisis económica es mundial, aunque algunos historiadores le endilguen la responsabilidad al gobierno de la Argentina. Por su parte, Baring Brothers exige a la Argentina el cumplimiento de sus compromisos, pero el gobierno de Juárez carece de respuesta.

El primero de setiembre de 1889, la oposición realiza un gran acto en el Jardín Florida. Meses después, acentúa sus ataques con el acto en el Frontón de Buenos Aires. Allí se concentran, según Balesra, “la tradición, la banca, la universidad, la prensa, el foro, los clubes sociales, hasta el clero... Están millares de propietarios, bolsistas y comerciantes en vías de arruinarse. Allí quedó constituida la Unión Cívica.

Esta agrupación partidaria está integrada, según Manuel Gálvez, de la siguiente forma: “De un lado están los mitristas. Son los viejos unitarios o sus descendientes, pertenecen a la sociedad distinguida... los grandes juriconsultos, los médicos famosos, los hombres de letras de mayor prestigio. Poseen estancias, van bien vestidos, leen en francés, tienen cultura literaria, son europeizantes. Aman el orden, la paz, la legalidad. Del otro, están los alemistas, provienen la mayor parte del alsinismo, han sido federales con Rosas o han estado con Avellaneda, el pueblo, casi todo el pueblo bajo de Buenos Aires, de tendencia revolucionaria, anárquica, levantisca, con el apoyo de dos hombres prestigiosos: Aristóbulo del Valle y Bernardo de Irigoyen” (M. Gálvez, “Vida de Yrigoyen”). Poco tiempo después, el 26 de julio de 1890, estalla la revolución cuando el Gral. Manuel J. Campos, con soldados y civiles armados, toma el Parque de artillería (hoy, edificio de Tribunales, frente a Plaza Lavalle). Campos cuenta con el apoyo de algunas unidades de la Marina, pero no con las guarniciones del interior. El presidente Juárez Celman se dirige a Retiro y desde allí se anuncia que va a instalarse en Rosario, pero en cambio, se detiene en Campana comprendiendo que su gobierno ya no se sostiene. Desde allí, envía al Congreso un mensaje proponiendo la designación de Pellegrini como general, para que afronte militarmente la insurrección, según señala Miguel A. Cárcano. La reacción de Pellegrini es contundente: “No estamos en carnaval para estas designaciones” y asume su responsabilidad: “toma un caballo bayo criollo, aperado como los de los vascos lecheros y arrastrando el fuego de los cantones insurrectos, se dirige a la Plaza Libertad (Córdoba y Libertad) para inspeccionar el comando del general Levalle. Luego instala su despacho en casa de José Luis Amadeo y dirige sin más credenciales que su autoridad personal, el ataque final al Parque” (Miguel Ángel Cárcano, revista Redacción, julio 1997, número 266). “Pellegrini llegó a caballo a la Plaza Libertad con un grupo de soldados de infantería y dio comienzo a la represión” afirma Álvaro Melián Laiño (“La revolución del 90”, en “La Razón”, 27/7/61) Pellegrini y el general Levalle, ministro de Guerra, asumen la defensa del gobierno. Tanto Roca, quien, como senador, controla la Casa Rosada, como Pellegrini, optan por la lealtad al gobierno surgido en 1886, a pesar de que no les entusiasma sostener a Juárez en el poder.

El enfrentamiento se prolonga casi dos días. Los insurrectos permanecen controlando el parque de Artillería, pero no se deciden a ampliar su acción hacia la Casa de Gobierno. Pellegrini y Levalle avanzan desde el norte (hoy Córdoba y Libertad) hacia la actual Plaza Lavalle. El 27, Pellegrini, en la

mañana, ofrece un armisticio al grupo insurrecto. El 28 de julio, el Gral. Campos les informa a Alem y a Del Valle que posee muy pocas municiones y que la insurrección ha fracasado. Propone rendirse, aunque asegurando una amnistía para los participantes. El coronel Espina quiere resistir, cree que aún es posible derrotar al gobierno, pero al día siguiente se encuentra obligado rendirse.

El gobierno ha triunfado militarmente manteniendo el orden. Ha sofocado la insurrección –principalmente por la acción de Pellegrini– pero la autoridad de Juárez para gobernar ha quedado sumamente deteriorada. “La revolución ha sido derrotada, pero el gobierno está muerto” sostiene un legislador en el Congreso. Juárez comprende finalmente su derrota política y renuncia. Corresponde a Carlos Pellegrini ocupar la presidencia para completar el período hasta 1892.

Acerca de estos acontecimientos del 90, los aportes de los historiadores Luis Sommi y Juan Pablo Oliver han sido muy importantes para dar una nueva interpretación de la llamada Revolución del Parque. La circunstancia de haber participado en la insurrección el sector popular que respondía a Alem y a Del Valle y asimismo la constitución de la Unión Cívica, en esos días, dio una versión popular al intento golpista. Pero los historiadores mencionados han demostrado la participación de las familias oligárquicas –de apellidos muy definidos– que estuvieron contra Juárez por considerarlo expresión de los sectores del interior. Entre los apellidos más representativos de la clase alta mencionan a Martínez de Hoz, Anchorena, Mitre, Pereira Iraola. Ayerza, Ocampo, Zuberbuhler, Gainza, Pereda, Beccar Varela, Elizalde, Lanusse, Quintana, Duggan, Lavallol y Santa Coloma. Juan Pablo Oliver agrega que “eran los que pertenecían al más puro patriciado, a la clase superior o elite tradicional dirigente... Porteños de cerrada mentalidad conservadora” (“La revolución del 90”, revista “Esto Es”, 10/8/1954).

Los mitristas acompañaron la intentona desestabilizadora no porque Juárez complaciera al capital extranjero, sino porque los desplazaba a ellos de esa tarea reaccionaria. Carlos D’Amico sostiene rotundamente: “El pueblo no concurrió a la revolución, sea por indiferencia, sea por temor, sea por desconfianza. Nosotros creemos que no concurrió porque se dio al movimiento un marcado carácter mitrista” (D’Amico, “Buenos Aires, sus hombres, su política”, pág. 286).

XIII. El acceso a la presidencia de la Argentina

Balestra describe los acontecimientos que llevan a Pellegrini a la presidencia al producirse la renuncia de Juárez. “En los días decisivos de fines de julio del 90, pasada la medianoche, regresaron las comisiones del Congreso y los ministros reanudándose las sesiones parlamentarias después de aquel juicio de que “el gobierno había muerto”. El doctor Pellegrini había dicho a la Comisión del Congreso respectiva que cuatro días antes había sido llamado por Roca y Levalle para consultarle que, en caso de una política de conciliación, de no prosperar tal política, el presidente Juárez renunciaría...” y que Pellegrini les habría contestado que si llegaba el caso de renuncia del presidente y él notaba que no lo acompañaba el pueblo, también él renunciaría.

Después había preguntado a la Comisión si ya les habían dicho lo de 'la deuda externa'. Y como le contestarán negativamente, había añadido, con gesto de extrema preocupación –Luego les dirán, sin duda que para tal fin han sido convocados y eso es lo que yo no sé cómo vamos a salvar... Poco después, terminada la exposición de las comisiones, tomó la palabra el exministro Sáenz Peña y con acento más solemne que elocuente, dijo: “Debo hacer saber a los señores miembros del Congreso que interrogado por varias de nuestras legaciones sobre la garantía real de los millones de bonos hipotecarios que el gobierno está tratando de negociar en Europa, para salvar las actuales urgencias, he debido responder que no existe ninguna hipoteca realizada y por tanto, ninguna garantía y he procedido así porque estimo preferible para el país aparecer como insolventes, antes que como fraudulentos. Seguidamente, el doctor García, ministro de Hacienda, añadió: “Es preciso que sepan ustedes que el 15 del corriente tenemos que pagar en Europa 500 mil libras esterlinas, por el servicio de esa deuda externa y la garantía de los ferrocarriles y no disponemos, en total, de más de 35.000 pesos moneda nacional... El efecto que produjo esta revelación fue primero de asombro y luego como de espanto y rabia: se vio de golpe en el fondo del abismo ¡a la República en quiebra!” (Balestra J., ob. cit., pág. 228/229).

El 6 de agosto de 1890 Pellegrini aún no ha asumido: “En la calzada –sigue relatando Balestra– había una multitud apretada hasta la asfixia que reclamaba con rugidos de tormenta la presencia del nuevo presidente. Entretanto el presidente no aparecía y solo se sabía que estaba encerrado con un grupo de banqueros y hombres de fortuna... Lo que allí pasó, según se supo por algunos de los concurrentes, fue esto. Pellegrini tomó la palabra y dijo, con solemnidad a la que comúnmente no era aficionado: “La Constitución acaba de hacerme presidente, pero la ruina que amenaza al país me prohíbe aceptar el puesto si no fuera capaz de evitarla, en cuyo caso el patriotismo me aconseja dejar lugar a otros que pudieran salvar la situación y a cuyas órdenes yo sería el primero en ponerme. Necesitamos de ocho a diez millones de pesos para pagar en Londres el 16 del corriente, es decir, de aquí a 9 días, el servicio de la deuda externa y la garantía de los ferrocarriles. En el Banco Nacional no tenemos nada. Si no pagamos, seremos inscriptos en el libro negro de las naciones insolventes. ¡Reclamo de ustedes esa ayuda en nombre de la patria! Se trata de una contribución inmediata y reservada, porque si divulgáramos lo que pasa, agravaríamos el pánico hasta hacer incurable el mismo mal que tratamos de remediar. Así no tenemos el coraje de apelar a los bienes, podemos perder lo que nos queda a más de lo que ya hemos perdido; solo arriesgándolo todo, podemos salvarlo todo. Aquí, en este pliego, he proyectado las bases de un empréstito o interno: los invito a ustedes a suscribir y pagar de inmediato, al contado, este empréstito que será una deuda de honor para la Nación: el resultado de la suscripción me dirá cuál es la confianza que inspiro y determinará mi aceptación o renuncia del gobierno”. Y entregando el pliego a los más cercanos, pasó a las habitaciones contiguas. Los circunstantes leyeron por pequeños grupos el papel y fueron anotando las cantidades con que contribuían. Un rato después volvió Pellegrini y haciendo la suma se irguió, exclamando: ¡Dieciséis millones! Bueno, ahora sí soy presidente... Y saliendo a la vereda, acompañado de aquel grupo que lo aclamaba enardecido, arengó fogosamente a la muchedumbre” (Balestra J., ob. cit., pág. 240 y 244).

Al otro día –7 de agosto de 1890– “el gringo” Pellegrini asume el cargo de presidente.

XIV. Pellegrini presidente

La situación es muy difícil. El Imperio Británico intima a la Argentina para que cumpla sus compromisos, corriendo rumores que podría existir una intervención armada en caso contrario. El Banco de Inglaterra interviene y a través de la Banca Rotschild convoca al gobierno argentino a entrar en negociaciones. Al efecto, Pellegrini envía a Londres a Victorino de la Plaza como negociador. Las tratativas concluyen en un acuerdo por el cual se le otorgan a la Argentina 75 millones de pesos oro (15 millones de libras) al 6% de interés, con la condición de que realice un pago inmediato de 50 millones de pesos oro a la casa Baring. Los banqueros ingleses salen así de un duro trance mientras nuestro país incrementa su deuda, pero no existía otro camino, a pesar de que recrudecen críticas en Buenos Aires.

El historiador José María Rosa se refiere a esta negociación afirmando que Rotschild respaldó a la casa Morgan y la Argentina se comprometió a entregar anualmente una cantidad de oro acordada con un agente de Morgan acreditado en Buenos Aires. Además, el gobierno argentino se comprometió a no contraer empréstitos exteriores durante 3 años y a retirar de la circulación quince millones de pesos anuales durante el mismo tiempo” (J.M. Rosa, “Historia de la Argentina” tomo 8, pág. 306). Más allá de la polémica suscitada acerca del acuerdo, la figura de Pellegrini aparece en el escenario político como el único capaz de capear el temporal en lo inmediato. Pero, al mismo tiempo, cabe mencionar que el presidente y su ministro de Hacienda, Vicente Fidel López, adoptan varias medidas que evidencian que no han quedado sometidos a las finanzas externas. Las mismas suscitan nuevas controversias tales que el historiador José María Rosa, nacionalista, califica a la política del gobierno como “defensor de los intereses nacionales”: “Se adoptan así medidas que irritan a la banca extranjera, como la prohibición de venta de oro en la Bolsa, la ilegalidad de la circulación de monedas extranjeras, un gravamen del 2% a los depósitos en los bancos extranjeros favoreciendo a los bancos nacionales, un impuesto del 7% a los beneficios de las sociedades y un fuerte derecho de patentes a las empresas extranjeras de seguros” (J. M. Rosa, ídem). Asimismo, se sanciona la prohibición de aumentar las tarifas de los tranvías y de la empresa de gas, también de capital inglés” (Eduardo Zalduendo, “La deuda externa” Bs. As., 1988, edit. Depalma, pág. 186/7).

Esta política del gobierno argentino genera fuertes reacciones en Londres, donde se solicita la intervención del Foreign Office, pero éste estima que no debe intervenir, Por su parte, ante estas amenazas, Pellegrini acusa a los bancos ingleses de acumular oro en sus bóvedas y dar pie a la especulación: “Cierran sus cajas y no quieren prestar a nadie... Se encierran en sus conchas, como las ostras y aunque arda Troya no les importa nada” sostuvo el presidente, a lo cual agregó Vicente Fidel López, “En momentos de crisis (estos bancos) actúan y operan como potencias de Estado” (Cuorese en El tiempo histórico de Carlos Pellegrini).

En uno y otro lado, se acumulan los juicios más severos: “Los bancos que se llaman particulares estrangulan al gobierno y será necesaria toda la autoridad pública y una mano firme para poder controlarlos... No hay capital extranjero en los bancos particulares, sus elementos están compuestos por los depósitos que son capital nacional, depósitos que seis u ocho gerentes subalternos esquilman” (Julio Irazusta, en “Balance de siglo y medio”, pág. 49).

El ministro de Hacienda, a su vez, sostiene: “Es necesario defender al país de los capitales británicos, belgas y alemanes los cuales, manteniendo un mero consignatario en la Argentina, obtienen cuantiosos beneficios”. También propone que se sancionen aumentos en los derechos aduaneros sobre los artículos de lujo” (Pérez Amuchástegui, “Crónica histórica de la Argentina”, tomo 5, pág. 76).

J. M. Rosa agrega que “esta política no llevaba otro propósito que beneficiar a las compañías argentinas conforme al viejo proteccionismo del ministro López, pero en Inglaterra se tomará como algo absurdo en un país sometido” (J. M. Rosa, ob. cit. tomo 8, pág. 306). Y agrega que “los juristas de la corona británica pretenden analizar si Argentina está violando los términos del tratado de amistad de 1825 firmado por Rivadavia”.

“El antagonismo argentino-británico alcanza en esa época un alto nivel. Herbart, agregado comercial en Buenos Aires, duda que pueda permanecer en el país porque el trato social entre argentinos e ingleses está cesando” (J. M. Rosa, ídem). “Los diarios británicos, por su parte, opinan acerca de la conveniencia de una intervención militar para controlar la Aduana argentina por la fuerza: el gerente del Banco de Londres en Buenos Aires, entrevista a Ferguson, subsecretario de Relaciones Exteriores del Imperio, para solicitarle, en 1892, una intervención conjunta de Inglaterra y Estados Unidos en la Argentina, sola medida que, a su juicio, puede establecer un buen gobierno allí” (J. M. Rosa, ob. cit., pág. 308). El proyecto de intervención armada renace en octubre de 1892, ahora como acción conjunta de Inglaterra y Alemania.

Por entonces, Pellegrini ha gestionado un préstamo al gobierno de Estados Unidos para echar las bases del Banco Nación, pero le han contestado que el directorio del nuevo Banco debería ser manejado por norteamericanos, por lo cual Pellegrini desiste de la negociación.

Al mismo tiempo, el presidente recurre a un nuevo empréstito interno pero la colocación de los bonos fracasa. Varios bancos particulares quiebran, mientras el Banco de la Provincia de Buenos Aires logra sobrevivir apenas.

En esa época, el gobierno cancela el convenio por el cual Juárez había privatizado las Obras de Salubridad, recuperándolas para el Estado.

Asimismo, Pellegrini toma una importante decisión. El periodista Hugo Gambini señala: “Instalado en la presidencia y en medio de una crisis económica galopante, con una inflación incontenible que avasallaba todo, Pellegrini decidió crear la Caja de Conversión –uno de sus mayores aciertos– para atender la conversión y amortización gradual de la moneda en curso”, recaudar a su vencimiento el importe de las obligaciones a plazos que formen parte de las expresadas garantías o que de ellas emerjan, recaudar los productos de las diversas rentas o arbitrios determinados por ley. Su finalidad era establecer la mayor paridad posible entre el papel moneda y el oro hasta lograr que se utilicen los dos como parte de pago en forma similar y quede así fijado el valor de la moneda. Así lo dijo Pellegrini el 17 de diciembre de 1890, en mensaje al Congreso: “No me detendré a detallar los penosos sacrificios que a la masa de la población impone la desvalorización de la moneda y me bastará recordarlo para afirmar que todo el plan financiero que la situación impone debe tener como objeto restablecer el valor de nuestra moneda fiduciaria” (Pellegrini, citado por Hugo Gambini, Redacción económica, julio 1997).

Meses después, Pellegrini funda el Banco de la Nación Argentina, cuya base financiera es un préstamo de la Caja de Conversión creada recientemente.

XV. Fundación del Banco de la Nación Argentina

Una de las víctimas de la especulación desenfrenada de los 90 fue el Banco Nacional, ya debilitado desde 1875. El gobierno de Pellegrini atendió el problema y el 7 de abril de 1891, decidió su liquidación.

“El gobierno de Pellegrini – señala Abad de Santillán– comprendiendo la necesidad de un nuevo Gran Banco, encaró el problema con una nueva orientación de la política bancaria y emisora. El 19 de mayo de 1892, al enviar el proyecto de una ley por la cual proponía la creación del Banco de la Nación Argentina sostuvo que un gran Banco que abarcase en su giro a toda la República “era condición vital para el progreso nacional” (Gran Enciclopedia Argentina, Abad de Santillán, tomo I, pág. 366).

“El banco se fundó, según dijo Pellegrini al inaugurar sus instalaciones, únicamente para la industria y el comercio y no para atender necesidades del erario”. El 16 de octubre de 1891, por ley 2841, se creó el Banco de la Nación Argentina con un capital de 50 millones (30 millones de pesos papel y 20 millones de metálico) a obtenerse íntegramente por suscripción pública y se le reconocieron privilegios y operaciones similares a las de su anteceder, salvo la emisión de billetes. La oposición en el Congreso criticó el escaso capital del Banco (50 millones de pesos inconvertibles) (Pérez Amuchástegui, tomo V, pág. 90).

Instalado el Banco, Pellegrini arengó al flamante directorio: “Este banco se funda únicamente en servicio de la industria y el comercio. Vosotros conocéis bien sus necesidades y estáis en aptitud de atenderlas Si alguna recomendación pudiera haceros sería en favor de un gremio que no ha merecido hasta hoy gran favor en los establecimientos de crédito y que es, sin embargo, digno del mayor interés. Hablo de los pequeños industriales. La verdadera industria en un país nuevo nace en su seno, crece y se desarrolla por el esfuerzo inteligente y perseverante, amoldándose al medio en que va a vivir y adquiriendo cada día nueva experiencia que la vigoriza. Tiene más porvenir que esas industrias que se improvisan por el esfuerzo del capital, que muchas veces carecen del obrero y del industrial inteligente y activo, que son el alma que las anima” (citado por Hugo Gambini, Redacción, revista citada).

El Banco Nación inició sus operaciones el 26 de octubre de 1891, bajo la presidencia de Vicente L. Casares. Fundado como sociedad anónima, más tarde (en 1904) se lo convirtió en banco estatal. Al comienzo, tuvo dificultades en la suscripción de acciones, pero ya el 3 de enero de 1892 logró abrir una sucursal en Rosario, como prueba de confianza ante el escepticismo manifestado en algunos sectores, alcanzando luego a tener más de 300 sucursales, con fines colonizadores en las provincias más necesitadas para impulsar la explotación de los recursos naturales y cumplir los objetivos industriales que promovieron su creación.

Pellegrini consideró que la función principal del Banco era dar apoyo a industrias nuevas de capital nacional, consecuente con su vocación industrialista,

aunque, décadas después, ese propósito fue abandonado y el Banco otorgó más préstamos a los sectores rurales. Debe notarse, además, que por la masa de depósitos alcanzada fue regulador espontáneo de las tasas de interés hasta que se produjo la creación del Banco Central.

Abad de Santillán afirma que una función importante del Banco fue su tarea colonizadora en el interior del país. Aquí, una vez más, Pellegrini ratificaba su concepción nacional que se negaba al centralismo porteño tan común en los hombres de su época. También en ese año 1891, otro de los colaboradores de Pellegrini, Osvaldo Magnasco, denuncia en el Congreso “la acción nefasta de las empresas ferroviarias inglesas... Ese afán y los actos que realizan estas empresas están incluidos en lo que es el dominio exclusivo de la rama del crimen... Esto no es negocio, no es industria, es sencillamente una extralimitación insolente... Es robo... No pasa un solo día en que tengamos que lamentar algo así como una reyerta entre los poderes públicos y las compañías particulares encasilladas en sus concesiones y en la soberbia de una audacia sin precedentes... Ahí están Tucumán y Santiago del Estero, especialmente Tucumán, lidiando por sus azúcares, por sus alcoholes y por sus tabacos, con una vitalidad que, de no haber sido extraordinaria, habríamos que lamentar la muerte de las mejores industrias de la República porque habrían sucumbido ante los traficantes de nuevo cuño” (O. Magnasco, en Cámara de Diputados, citado por H. Domingorena, ob. cit.).

En esos fines de su período presidencial, Pellegrini volvió a demostrar su fervor por la industria. Así lo recuerda Félix Luna: “Pellegrini y sus amigos Ernesto Tornquist y Vicente Casares se presentaron en una fiesta luciendo un traje de tela nacional y botines y sombreros de análoga procedencia. El periódico “El Diario” de Manuel Láinez relataba así esa compadrada de Carlos Pellegrini en su lucha por prestigiar a la industria nacional... Eso, casi a fines de siglo, constituía un atrevimiento... Pero la corajeada de Pellegrini no era caprichosa. Era un episodio más en su larga prédica tendiente a evitar que la Argentina asumiera un destino exclusivamente rural... Esta tesis escandalizó. El diario “La Prensa” refutaba así al grupo de Pellegrini: “¡Y tal maestro y tales discípulos son los que promueven elevar los derechos de importación a título de proteger a la industria nacional! ¡Bah, bah, bah! ¿Qué dirá el ‘Times’ de estos terribles economistas” (Félix Luna, revista Redacción económica, julio 1997).

Asimismo, pocos meses antes de culminar su mandato, Pellegrini fustigó severamente las negociaciones con los ferrocarriles. “A esas empresas, señala Gambini (ob. cit.) las calificó Pellegrini como “bestias negras de la economía argentina”, por los manejos fraudulentos de sus cuentas”. Y agregó: “Los ferrocarriles deberían devolverle al Estado los efectos de la garantía desde el principio de la explotación... Nunca se entregó un solo centavo por esa cuenta y aunque ha habido varias empresas cuyas utilidades excedieron en mucho el interés garantido, tampoco ninguna devolvió el excedente conforme a la ley. La Nación ha pagado 16 millones de pesos oro sin exigir el cumplimiento de esas obligaciones... Entre tanto, las empresas adeudan a la nación más de diez millones de pesos por las cuotas que han retenido por ese derecho” (Pellegrini, citado por H. Gambini, ob. cit.). Luis Alberto Murray señala: “... También, con Vicente F. López, Pellegrini supo ‘meter en vereda’ a las empresas británicas de gas y de tranvías cuando éstas, para subir sus tarifas, apelaron a la Corona Británica y su cancillería” (L. A. Murray, Clarín, 16/7/ 1979).

Hubo un esfuerzo más de Pellegrini para dejar una señal positiva, antes de concluir su gobierno. Le preocupaba quiénes lo sucederían y cuál sería su

política. Ramón Columba relata una anécdota que evidencia esa preocupación ante las próximas elecciones: “En 1891, Hipólito Yrigoyen se opone a la candidatura del general Mitre. En una reunión del comité de la primitiva Unión Cívica. Yrigoyen sostiene que Mitre no conviene porque sospecha que él reunirá a los enemigos del partido... Pellegrini invita a una reunión, en su casa, de notables. Llama, entre otros, a Mitre, Quintana, Aristóbulo del Valle e Hipólito Yrigoyen. No convoca a Alem. Los he convocado –les dice Pellegrini– para que, de una vez por todas, tranquilicemos al país, eligiendo al mejor hombre para regir sus destinos –No es aquí –contesta Hipólito Yrigoyen– donde se debe elegir a ese hombre. Es en la plaza pública, en las urnas y es el pueblo quien debe designarlo. –¿Cómo quiere que elijamos la plaza pública si hemos estado quemándonos hasta ahora en los fogones de las revoluciones –le replica airado el dueño de casa?–, –Hagan padrón militar y voto garantido y se acabarán las revoluciones, contesta Yrigoyen, abandonando la reunión de mal talante... En la reunión de notables, Pellegrini para acentuar su protesta, se dio una enérgica palmada en la rodilla la que fue contestada, antes de partir, por Hipólito Yrigoyen. Fue un momento crítico del acto (Columba 60 61,74 de “El Congreso que yo he visto”).

Al dejar el gobierno, Pellegrini sostuvo: “Puedo asegurar hoy, con toda la tranquilidad de mi conciencia, que en la difícil situación que me tocó presidir y en la política que he seguido, he antepuesto los intereses públicos a los intereses de los partidos y es posible que esta política no haya satisfecho por completo las aspiraciones de ninguno de ellos, lo que ha podido traerme mayores inconvenientes y dificultades de gobierno, pero debo declarar también que todos los ataques, los sacrificios y los sinsabores, de esa corta administración, serán para mí ampliamente compensados cuando alcance a entregar el mando en plena luz y renaciente prosperidad a un ciudadano digno de presidir los destinos de la República, pues fue ese supremo anhelo y el objetivo constante de mi acción, desde el día en que asumí el mando. Creo poder agregar que era también la gran aspiración pública” (Pellegrini, citado por H. Gambini, ob. cit.).

Concluye su gestión presidencial el 12 de octubre de 1892, pues la constitución impide la posibilidad de reelección.

En esa situación, surgen varias candidaturas, entre ellas la de Roque Sáez Peña, amigo de Pellegrini, con posiciones progresistas, pero Roca quiere asegurarse su influencia sobre el poder. Para ello, lanza la candidatura de Luis Sáenz Peña, padre de Roque, obligando a éste a renunciar para no competir con su padre.

Así surge un gobierno con ministros de diverso origen y cunden las vacilaciones y contradicciones, mientras Roca confía en el vicepresidente José Evaristo Uriburu para asegurarse el regreso al poder en 1898.

XVI. Argentina, dos países

Pellegrini abandona su experiencia presidencial con un dejo de desaliento. Sus intentos de asegurar un próximo presidente capaz de atemperar los enfrentamientos internos y dar un rumbo cierto a la República, vacilan por momentos. En esa época pronuncia un discurso de gran lucidez sobre nuestras guerras civiles, él que ha jugado roles importantes tanto en 1880 como en 1890, reflexiona hondamente sobre los rasgos de la Argentina y sobre problemas que perdurarán durante varias décadas: “En la República Argentina existen dos tendencias y casi puede determinarse la región territorial sobre la cual actúan una y otra. Hay un partido que tiene su asiento en el pequeño espacio que rodea la Plaza de Mayo de la Capital Federal y un partido que tiene su asiento en todo el resto de la nación...; a un partido podríamos llamarlo ‘comercial’, al otro, lo llamaría ‘industrial’. A cada instante se revelan las distintas tendencias de estos dos partidos. Uno de ellos es enemigo del Banco de Estado, del Banco habilitador. Solo cree en el Banco particular. El otro prefiere o tiene simpatías por el Banco de Estado... Uno es contrario a toda protección y quiere la libertad absoluta del comercio; el otro exige la protección como condición indispensable para el desarrollo de las industrias nacionales. Uno es contrario a todo lo que sea emisión en cualquier forma, casi enemigo de la palabra emitir; el otro no es tan enemigo de estas emisiones, según la forma en que se presenten. Uno se preocupa del oro en la Bolsa, el otro se preocupa del valor de los frutos del país. En estas luchas económicas que se inician se presenta la lucha muy parecida a aquella en que se inició nuestra lucha política. De un lado, la Nación, del otro, intereses radicados en esta Capital, con esta enorme diferencia que esta vez el límite no es el Arroyo del Medio pues forma parte del lado de la nación, la rica provincia de Buenos Aires. La lucha que se entabla es, pues, entre los que trabajan y los que no producen, entre el país entero y un grupo de especuladores apoyados por la prensa metropolitana”.

Estas reflexiones de Pellegrini asombran porque parecen referirse a lo que en 2021 se llama “la grieta”, es decir, enfrentamientos referidos al choque entre Buenos Aires y el interior. El primero mirando hacia el océano, el segundo, hacia la América Latina, aparecerán comúnmente para explicar políticas nacionales y políticas de vinculación con fuerzas externas, así como el desamparo de la Patagonia y la declinación de las provincias del noroeste, denunciado por Felipe Varela (1868) frente al centralismo porteño que acumula dinero, lujo y cultura. La lucidez de Pellegrini había advertido estos dos rumbos antagónicos en nuestra historia y nuestra política.

XVII. Una posibilidad de volver a ser presidente

Pellegrini mantiene, en esa época, un gran prestigio político. Alineado políticamente con Roca, ocupa diversos cargos. Al mismo tiempo, es uno de los pocos hombres a quien se considera capaz de orientar a la República con rumbo cierto. Por eso, ante las vacilaciones y debilidades del presidente Sáenz Peña –y la presión del mitrismo–, Pellegrini y sus amigos se preocupan por el futuro del país. Wilde le escribe a Roca, con suma ironía: “Usted dice que por primera vez no sabemos adónde vamos... y me hace gracia cuando habla del pobre Don Luis y me hace recordar la descripción de un homicidio hecha por un indiferente. Pero, ¿quién hizo a Don Luis, quiénes y para qué lo hicieron? ¿Fue por renegar de los pasados gobiernos liberales, un mea culpa o el resultado de una impotencia?... Y el general Roca ha debido presenciar la evaporación de su partido y dejar irse a sus amigos en grupos...”

para elegir a un hombre honorabilísimo, sin duda, pero cansado de esta vida... y de la otra ¡Pobre Partido nacional!... Debemos rezar un responso sobre su tumba. No se ve de él ni la sombra” (Wilde a Roca, 20/1/1883).

Menos escéptico Pellegrini avanza con la propuesta de hacer hombre fuerte del gabinete a Aristóbulo del Valle, para vigorizar al gobierno y depurar de adversarios a las guarniciones mitristas del ejército que aún quedan. Pero Del Valle fracasa en su gestión. Una insurrección radical debilita aún más el gobierno y Pellegrini juega allí un importante papel para preservar el orden, “... En 1893, en medio de la revolución desencadenada en todo el país –señala Joaquín De Vedia –Pellegrini apuntaló varias veces la presidencia bamboleanante de Luis Sáenz Peña” (De Vedia, ob. cit.) y apoyó el intento de vigorizar al gobierno con la designación de Aristóbulo del Valle, pero no logra sostenerlo. El 22 de enero de 1895, Luis Sáenz Peña renuncia y lo reemplaza Uriburu.

Entre 1893 y 1895, Pellegrini se desempeña como presidente del Banco Hipotecario Nacional, regresando luego al Congreso como senador nacional.

El 29 de enero de 1896, cuando fallece Aristóbulo del Valle, Pellegrini concurre, con mucho dolor, a su entierro: “Yo lo quería mucho a Aristóbulo y tenía por él una gran estima, pero los radicales se han apoderado de su nombre y le van a hacer funerales políticos –le relata Pellegrini a Joaquín de Vedia– Del Valle no era radical. Sin embargo, no conviene perturbar el ambiente con notas extrañas... De no mediar esa circunstancia, yo hubiera dicho algo en el entierro del amigo, olvidándome del adversario político. Eso interesa, al fin y al cabo, a la civilización de este país”... ¡Y cómo hablaba el Dr. Pellegrini cuando su bravo corazón experimentaba el dolor de una de esas grandes congojas de la amistad! Bastará recordar su discurso en el entierro de Pirovano para comprenderlo. Yo lo oí –insiste De Vedia– y nunca sonó en mis tímpanos una nota más desgarrada, ni más hondo sollozo reprimido que cuando él dijo: ‘Aquí todo, hasta el egoísmo, llora’” (J. de Vedia, ob. cit.).

En esa época, brinda la mayor parte de su tiempo a la construcción del edificio del Jockey Club que se inaugura el 30 de setiembre de 1897.

Al año siguiente, cuando llegan las elecciones, el Partido Autonomista Nacional le propone levantar su candidatura a Presidente. Estiman que su trayectoria como hombre clave en el 80 y en el 90, así como su actuación legislativa y especialmente la gestión presidencial desarrollada entre 1890 y 1892, lo presenta como el hombre indicado para asumir la primera magistratura.

Gallo afirma: “Entre 1880 y 1898 transcurrió la etapa en la que Pellegrini dio prioridad a la consolidación del orden inaugurado luego de la guerra civil de 1880. No es difícil sostener que, con los altibajos inevitables, su participación fue decisiva para el logro de tal objetivo... Estuvo presente en todos los entreveros armados (1880, 1890 y 1893), como en el provincial (1894 y 1898) y le tocó presidir el país en el momento más grave de su historia financiera... Paul Groussac sostuvo que el sub-período 1893/1897 fue el apogeo de la carrera pública de Pellegrini: período de plenitud en que aparecía como el árbitro de la opinión, consejero escuchado, orador espléndido. Agrega Gallo que en ese momento, “Pellegrini –fidelísimo

aliado del General Roca– decepcionó a sus amigos que en 1898 esperaban verlo reclamar la herencia política de aquel a quien tan bien había servido...” (Gallo, ob. cit.).

Pellegrini no acepta la candidatura presidencial. “Prefirió apoyar con ‘demoledora eficacia’, la reelección del vencedor de 1880, sin duda porque entendía que para esos amigos eran las reglas de un juego político en que éste (Roca) retenía en sus manos los triunfos decisivos. ‘Hoy por hoy solo queda el Partido Nacional en las provincias y nosotros, mientras los mitristas dominan en Buenos Aires’ le escribe Pellegrini a Cané, en 1899”. De todos modos, en la hora de la verdad –comenta Halperín Donghi– Pellegrini advertía los datos esenciales... La opinión había reconocido en Pellegrini al único rival posible de Roca y ello fue quizá suficiente para decidirlo a éste para despojarlo de la herencia para la cual había acumulado tantos méritos... Comenzaba así la última estación política de Pellegrini en que el salvador del orden conservador en 1892 y 1893 dejó paso al urgente profeta de una redención política que debía tomar por instrumento la verdad electoral” (Halperín Donghi, Clarín, 27/11/1997, artículo “Los que quedan”). A esta referencia de “defensor del orden conservador”, de Halperín Donghi, se le opone Luis Alberto Murray al señalar: “Dicho con respeto... No fue en absoluto un conservador... Sin compararlo con agrupaciones políticas actuales, habría sido una suerte de ‘desarrollista’ avant la lettre. Lo demuestra, sin ir más lejos, que haya dicho en el Senado: “La ganadería y la agricultura son dos grandes industrias. Pero ninguna nación de la Tierra ha alcanzado la cumbre de su desarrollo económico solo por ellas” (Luis A. Murray, Clarín, 28 de marzo del 90, artículo “Pellegrini, lo mejor de la crisis”). Y agrega, el mismo Murray: “Pellegrini... pudo, en fin, ser ‘un nacional y popular’ como los que hoy podemos serlo, gracias a innumerables antecedentes, entre ellos el suyo?” (Luis A. Murray, Clarín 16/7/1979, artículo “Un nacional de los años 80”). Con respecto a la candidatura, también es cierto, por un lado, que su salud se halla resentida y por otro, entiende que su amistad con Roca le impide salir a la palestra a confrontar con él. Considera más conveniente dar un paso atrás y hacer un viaje a Europa para someterse a la revisión de varios facultativos que dictaminen sobre sus dolencias. Pero siempre manteniendo sus convicciones. Desde Ámsterdam le escribe a su amigo Ernesto Tornquist: “Cuando allá, en la Argentina, se convenzan, como lo saben por acá, que la industria es todo, absolutamente todo en cuanto a intereses materiales y que el comercio es una simple consecuencia de la industria, recién entonces nos habremos puesto en la verdadera huella de los Estados Unidos (como gran país)... Desgraciadamente no está aún el día cercano, quedan muchos infieles por convertir... Usted tendrá razón mañana y es todo lo que un hombre puede aspirar” (Pellegrini a Tornquist, carta del 6/11/1898, reproducida por Roberto Flores, ob. cit., pág. 102).

Al regresar a la Argentina, en 1898, su figura no ha perdido vigencia. La revista “Caras y caretas” lo recibe con una caricatura en tapa y un título: “La llegada del Mesías”. En la caricatura aparece vestido con una túnica bíblica, en un brazo el cuerno de la abundancia y en el otro, los prismáticos de carrera, aludiendo a su afición por el Jockey Club. En una sección interior de la revista van estos versos:

“En cuanto Pellegrini hubo llegado
como un nuevo Mesías fue aclamado.
Pero pasados después algunos días
Pellegrini dirá, preocupado:
¡Caramba!. ¿Empezaré como un Mesías
para acabar, como él, crucificado?” (Caras y Caretas, 1898).

Poco más tarde, se reincorpora al Senado, aunque sus dolencias le obligan un nuevo viaje a Europa para replantear su tratamiento.

XVIII. Durante la segunda presidencia de Roca

En 1901, Pellegrini se encuentra de nuevo en Buenos Aires. Roca está transitando su segunda presidencia (1898-1904) con importantes colaboradores en el gabinete. Entre ellos cabe mencionar a Joaquín V. González como ministro del interior, a Osvaldo Magnasco como ministro de Educación, a Emilio Civit para las Obras Públicas, a Marco Avellaneda. Pellegrini mantiene su amistad con el Presidente y con renovados bríos, superando molestias de su enfermedad, lanza un periódico que lo apoya: “El País”.

Este órgano periodístico permite ratificar el pensamiento avanzado de Pellegrini y su vocación por las transformaciones ya que uno de sus colaboradores más importantes es el socialista Manuel Ugarte, antiimperialista, latinoamericanista y también defensor de la industrialización.

El 19 de octubre de 1901, Ugarte publica en “El País” el artículo “El peligro yanqui” donde denuncia la expansión de los Estados Unidos sobre América Latina. Con gran agudeza, Ugarte señala allí “que las conquistas modernas difieren de las antiguas (a través de las armas)... Toda usurpación material viene precedida por un largo período de infiltración cultural capitalista o de costumbres... hegemonía... que roe la armadura nacional”. El 9 de noviembre publica otro artículo titulado “La defensa latina” donde propugna la unificación de nuestros países en una Patria Grande latinoamericana (debe observarse que este proyecto no solo entronca con Bolívar y San Martín, sino con hombres de una época cercana, como Felipe Varela, con su bandera “Viva la Unión americana”, fallecido el 4 de junio de 1870 o aún más cerca, un compañero de Pellegrini como lo era Eduardo Wilde, que ponía como objetivo principal de su lucha la Unidad de América Latina.

Asimismo, “El País” se convierte en importante periódico que centra sus temas en la necesaria protección y desarrollo de la industria argentina, como había sido el tema que siempre había preocupado a su director.

Roca lo ha conservado a Pellegrini como su hombre de confianza y por eso le encomienda una difícil gestión a realizar en Europa en relación con la deuda externa. Sabe que “el gringo” proyecta seguir su tratamiento en un nuevo viaje a Europa y encuentra la oportunidad para una misión delicada en el área financiera.

XIX. La ruptura con Roca

La deuda externa continúa siendo problema. En 1901 se manifiesta una fuerte agitación en la opinión pública. Los intereses y amortizaciones pesan demasiado sobre el presupuesto nacional y resulta necesario replantear más de treinta empréstitos. El presidente Roca elabora, con su ministro de Hacienda Enrique Berduc, un proyecto de “unificación de la deuda externa” que implicaría un cierto reordenamiento y disminución de los pagos. La tarea de gestionar esa unificación se la ofrece a Pellegrini, como uno de sus hombres de mayor confianza, quien, al efecto, viaja a Londres y París.

Se trata de reorganizar los empréstitos y hacerlos más accesibles. Pellegrini negocia en Europa e intenta la aprobación del proyecto de Berduc, pero la banca extranjera exige, como garantía, los ingresos aduaneros de la Argentina.

La noticia se conoce en la Argentina y provoca una fuerte reacción adversa de la opinión pública, en general. “Los periódicos opositores al oficialismo combatieron duramente el proyecto de la unificación de la deuda... La opinión pública se enardeció. Se sucedieron manifestaciones de protesta” (H. Cucoresse, “Historia económica y financiera argentina”, “El Ateneo”, ob. cit.) “La Tribuna” y “El País” fueron asaltados” (Cucoresse, ob. cit. p.85).

La ley fue agriamente resistida por la prensa y comenzó a manifestarse la hostilidad del pueblo... Los grabados representaban a un policía británico de pie en las puertas de la Aduana y a John Bull, relleno de grasa, sobre una yegua rabona dándole órdenes. Todos los diarios de la ciudad, así como los periódicos de las provincias (salvo el “El País” de Pellegrini y “La Tribuna”, órgano oficialista), fueron unánimes en su oposición a la ley denunciándola en términos violentos y con epítetos ofensivos” (Letts de Espil, Courtney, ob. cit. págs. 128 y 129).

Pellegrini se angustió al recibir estos informes en Europa, pero confió en que Roca, con quien mantenía amistad de muchos años, mantendría la defensa del proyecto. El descontento fue creciendo. “Apedrearon la casa de Pellegrini por considerarlo quien negociaba ese acuerdo en Europa” (Cucoresse ob. cit., pág. 85).

En uno de esos días, al atardecer, relata Antonio Santamarina, “estaba yo con un grupo de jóvenes en el salón dominó del Jockey Club. En un sofá cercano, veíamos tendido al doctor Carlos Pellegrini, en una actitud de descanso en la que solía pasar largos ratos, a esa hora, dándonos la impresión de un león adormilado. En eso, nos llega de la calle un rumor alarmante: –Están apedreando la casa de Pellegrini al grito de “Abajo la unificación”!

Oírlo y dar un salto aquel gigante que parecía entregado al sueño, fue todo uno. Salió en busca de su bastón... Y ganó la calle Florida dando grandes trancos con sus largas piernas, que nos obligaba a correr para seguirlo en su 'rush'. Una piedra le dio en la cabeza, metros antes de que llegara a su domicilio, que era en los altos de una lechería, a mitad de cuadra, en la calle Maipú, entre Tucumán y Viamonte. La manifestación, al reconocerlo, le abrió paso, enmudecidos de sorpresa. Él se paró en la puerta y allí, frente a la escalera, encaró a la enfurecida muchedumbre. –Solo los cobardes, ¡carajo...! atropellan a mansalva, les gritó, desafiándolos a todos y esperando la agresión de algunos o de muchos. Pero aquella masa de ciudadanos y estudiantes agresivos, con una mansedumbre increíble, se disolvió en silencio. Cesó el estribillo que venían repitiendo de ¡Abajo la unificación! Era la voz de 'la ignorancia escondida en las sombras del anónimo'. Así la calificaría él mismo, días más tarde en una conferencia, al ser interrumpido por el mismo grito, frente a su casa. Había bastado el gesto decidido, la actitud resuelta, sin miedo al pugilato de hombre a hombre. Y los manifestantes avergonzados se retiraron. Había triunfo el valiente sin otras armas que sus puños fuertes y su conciencia sana... Pellegrini desconocía la intriga, el engaño, la burla, el disimulo artero, la ambición pequeña. Tenía un gran corazón. Y nunca traicionó a un amigo para alcanzar una posición política, afirman los allegados” (Ramón Columba, ob. cit., pág. 19). Pero lo que esperaba Pellegrini no sucedió. Roca retiró el proyecto, desautorizándolo y dejándolo solo, descalificando sus gestiones.

Además, desplazó a Berduc del ministerio de Hacienda, reemplazándolo por Marco Avellaneda. Mariano de Vedia señala que, ante los crecientes disturbios en las calles, se mandó cerrar el diario “La Nación”, a causa de un comentario violento. El Zorro jugó diversas cartas, pero lo concreto es que lo dejó solo a Pellegrini, rompiendo su amistad con quien lo acompañó en duras ocasiones. Ya no volvieron a mantener vínculo alguno. Debió dolerle seguramente porque Pellegrini era uno de los pocos apoyos importantes que le quedaban en Buenos Aires pero con su política de realismo político procedió a la desautorización abriéndole camino a Marco Avellaneda quien enunció un programa de reconstrucción de la economía nacional y de emancipación del país de toda tutela extraña, que quedó solo en promesas.

Pellegrini, de regreso en Buenos Aires, constituyó con sus compañeros, el Partido Autonomista mientras las fuerzas de Roca pasaron a llamarse Partido Nacional.

Interesa destacar que ese Partido Autonomista adoptó “tres puntos fundamentales en su programa: La reforma política, el proteccionismo económico y la legislación social” Gallo, ob. cit. 34), es decir, el sufragio libre, secreto y obligatorio, el desarrollo industrial y avance de la legislación social. Estos puntos clave sirven para calificar a Pellegrini desde el punto de vista político-ideológico.

Con respecto a la ruptura con Roca, no fue posible superarla. Aunque cabe destacar que Pellegrini continuó apoyando aquellas medidas del gobierno que los habían unido en el pasado. “Este episodio de ‘la consolidación de la deuda’ –señala Murray– en que el presidente Roca dio marcha atrás, dejando a Pellegrini solo ‘y pagando’, dictó el fin de una relación muy fecunda. El ‘gringo’ murió sin perdonar al ‘zorro’, a quien había apoyado con estilo leonino en asuntos como la solución pacífica del diferendo limítrofe con Chile” (Luis A. Murray, Clarín, 16/7/1979).

XX. En defensa de Osvaldo Magnasco

También en 1901, Roca perdió a otro de sus hombres de confianza: Osvaldo Magnasco, silenciado después por la historia oficial. En su carácter de ministro de Educación, Magnasco presentó un proyecto destinado a reemplazar la educación enciclopedista, abstracta y universalista, por una educación estrechamente vinculada con la realidad argentina, especialmente respetando las peculiaridades regionales, así como también de índole técnico-industrial, propia de un país que pretende modernizarse. Magnasco sostuvo: “La tendencia eminentemente exótica y lírica, extraña, de aquel colegio de Ciencias Morales creado por Rivadavia, viva y palpitante todavía en nuestros programas y planes de estudio, aunque haya languidecido mucho en los últimos veinte años, debe ser francamente desterrada del sistema; necesitamos encarar los problemas de la educación desde otro punto de vista, eminentemente práctico, entendiéndose por tal no solo la instrucción de agricultores, comerciantes, criadores, ganaderos, cateadores, mineros, etc., sino también la de generaciones que, intelectualmente disciplinadas, reciban en las aulas principios fundamentales y nociones de practicidad inmediata del género de vida que conviene al país” (O. Magnasco, setiembre 1900. Domingorena Horacio, “O. Magnasco el mejor parlamentario argentino”, edit. Docencia, 1993, pág. 120).

El proyecto recibe el apoyo de personalidades importantes como Eduardo Wilde quien lo celebra porque “coloca al latín en un santuario... con las cosas viejas e inútiles se lo pone en la pasiva” (Carta de Wilde a Magnasco, 1901, Obras completas de E. Wilde, volumen noveno, pág. 83).

Pero cuando el proyecto llega al Congreso varios legisladores lo combaten y no alcanza mayoría para su sanción. Además, los mitristas están enconados con Magnasco porque éste, con motivo de los exaltados ditirambos a Mitre –por su traducción de “La divina comedia”– ha afirmado: “Quizás haya llegado a oídos del señor general Mitre mi desafecto por la ceremonia de deificación como si hubiese llegado su jubileo, siguiendo la tradición clásica. Quizás, señor, yo profeso, en verdad, principios republicanos, por lo menos trato de afectar a ellos mi conducta. Puede que hayan llegado también a sus oídos la frase acaso festiva –que me debía disculpar y que puedo repetir porque no hablo en nombre del Poder Ejecutivo– que después de esa ceremonia tendremos que llamarlo, como a los emperadores romanos, Divas Aurelios, Divi Frates Antonini... Divas Bartolus” (H. Domingorena ob. cit., pág. 187). La oposición arrecia entonces contra Magnasco. Lo inculpan de que hizo fabricar en la cárcel, por los presos, unos muebles, de ínfimo valor, que utiliza en su hogar. La oposición convierte el hecho en un escándalo y el presidente Roca le suelta la mano, desplazándolo del ministerio.

Desde “El País”, Pellegrini levanta su voz a favor de Magnasco en contra de esta concesión del presidente Roca. Y recibe con honda tristeza la caída de su compañero. –Se estaba produciendo aquello que Wilde había calificado como “la mitrificación del Partido Autonomista Nacional”. En el mismo año, aquellos contumaces enemigos del centralismo porteño, quedaban al margen del oficialismo y Roca había perdido a dos de sus mejores hombres. Después de este suceso Pellegrini tomó mayor distancia del gobierno, no obstante lo cual apoyó la ley electoral por circunscripciones impulsada por el ministro Joaquín V. González, que permitiría la llegada al congreso del socialista Alfredo Palacios, “El primer diputado socialista de América”, según lo califican sus compañeros.

La salud de Pellegrini está ya quebrantada y la ruptura con Roca marcó, inicialmente, un fuerte desaliento. Rodolfo Puiggrós comentaba que un amigo de Pellegrini le había confiado que “el gringo” quedó profundamente dolido y había dicho: "Quisiera borrar los últimos cinco años de mi actuación política”.

Sin embargo, en 1903, al acercarse el final del período presidencial de Roca, en los corrillos políticos circula la versión de que Pellegrini podría ser el candidato a Presidente: “Nadie más indicado que él para para la candidatura presidencial en 1904”. Sin embargo, Roca se inclina por Manuel Quintana (de larga trayectoria al servicio del capital británico). Ni siquiera consigue Pellegrini un nuevo mandato de senador, en 1904, ni tampoco Roca lo convoca a integrar el gabinete. Y Pellegrini viaja nuevamente a Europa. Sin embargo, al poco tiempo se recupera y vuelve al escenario político, dejando, en sus últimos años, importantes enseñanzas.

XXI. Pellegrini y la cuestión social

En los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX la conflictividad social se acrecienta en la Argentina. El hambre golpea a amplios sectores sociales y el reclamo estalla en huelgas y manifestaciones. Junto con los inmigrantes han llegado las ideas contestatarias. Los ‘primeros de mayo’ se colman de voces y presencias airadas cuestionando los privilegios y la propiedad. La injusticia social se agudiza. La desocupación crece y la situación social se agrava día a día especialmente en los sectores que han quedado al margen del sistema agroexportador. La protesta social es acallada por la policía. En el año 1901 se multiplican los conflictos obreros. En agosto una manifestación de más de 15.000 desocupados reclama ante la casa de Gobierno y provoca la aparición del presidente Roca quien intenta vanamente calmarlos. En 1902, las manifestaciones se intensifican. Se producen choques entre trabajadores y policías y la sangre obrera corre por las calles de Buenos Aires. Las banderas rojinegras de los anarquistas presiden los reclamos y se tornan cada vez más agresivas, mientras crece también la importancia de los socialistas.

Los hombres del gobierno, ante este panorama social, argumentan que la causa de los conflictos proviene de los inmigrantes, agitadores sociales, anarquistas y socialistas, por lo cual gana terreno la idea de adoptar enérgicas medidas disuasorias. De allí nace el proyecto de la llamada Ley de Residencia, “que establece la expulsión del país para aquellos extranjeros que se tornasen peligrosos por sus actos o propaganda para la tranquilidad pública o el orden público o comprometan la seguridad nacional o perturben el orden”.

El 22 de noviembre de 1902 se sanciona esta ley siniestra que permite la inmediata deportación de 80 militantes sociales a sus países de origen, de donde generalmente han fugado, lo cual significa entregarlos a la represión y/o la muerte por parte de los gobiernos reaccionarios. La sanción de esta ley constituye, pues, un grave baldón en la historia del Partido Autonomista Nacional en declinación.

Varios legisladores atestiguan que “el gringo”, todavía legislador, “abandonó la sala del Congreso para no votar esa ley”, aunque algunos historiadores entienden que votó afirmativamente aunque con disgusto.

Gallo afirma que “cuando se aprobó la ley de residencia... Pellegrini le dio su apoyo en el Senado pues creía que el país requería un instrumento legal que lo protegiese de posibles atentados terroristas. Además, comenta que “Pellegrini lamentó que se hubiera aplicado esa ley para reprimir huelgas obreras que creía que muchas veces estaban motivadas por reclamos justos. Pensaba que al gobierno le bastaba con la legislación vigente para reprimir actos que violasen derechos de terceros, que no necesitaba, por tanto, apelar a leyes adicionales. Tampoco le atormentaban las predicciones sobre una intensificación de la lucha de clases, fenómeno que consideraba propio de la vieja Europa, pero – afirma- ‘anacrónica y absurda en una América caracterizada por una rápida movilidad social ¿Acaso todos nuestros industriales no han principiado por ser simples obreros? ¿Qué diferencia de clase hay entre ellos y sus empleados?” (E. Gallo, ob. cit.).

A su vez, desde los sectores progresistas del partido gobernante aparecen propuestas dirigidas a buscar soluciones a la injusticia social reinante. Así, el 22 de enero de 1904, bajo la firma del presidente Roca y su ministro Joaquín V. González, nace la misión encargada a Juan Bialet Massé para recorrer el país y estudiar los problemas sociales y sus posibles soluciones. Realizada la tarea, Bialet Massé da un informe que describe la miseria y enfermedad que aqueja a criollos, mestizos e indios del interior del país y sugiere la adopción de medidas de protección laboral. En base a este informe el ministro Joaquín V. González convoca a varios socialistas –José Ingenieros, Manuel Ugarte, Del Valle Iberlucea y Augusto Bunge– para elaborar un proyecto de Código de Trabajo. Asimismo, el gobierno ratifica su interés social encomendando a Bialet Massé otro viaje de inspección sobre las precarias condiciones en que viven tantos compatriotas.

Los liberales conservadores no se interesan por la cuestión, mientras el Partido Socialista se pronuncia en contra del proyecto, lo cual provoca la crítica de José Ingenieros. (“Socialismo y legislación del trabajo”, 1906, pág. 110).

Pero el propósito oficial es muy firme y al poco tiempo, el ministro González envía a al Congreso Nacional el proyecto de Código del Trabajo en el cual se contemplan disposiciones como la jornada laboral de ocho horas, el descanso hebdomadario, la exclusión de mujeres y menores de ciertas tareas, la responsabilidad patronal por los accidentes de trabajo y el reconocimiento de los sindicatos, entre otras medidas que reciben el apoyo de otros socialistas, entre ellos, además de Ingenieros quien lo considera como “las más avanzadas aspiraciones en materia de reforma social”. Por ejemplo, Juan B. Justo, jefe del Partido Socialista, manifiesta su apoyo. Pero, finalmente el proyecto no es considerado por las objeciones de la mayoría influida por los reclamos de sectores patronales e incluso también por el “Partido Socialista que lo considera insuficiente y moderado y que anularía el espíritu de lucha de los trabajadores”.

Esta preocupación de algunos hombres del autonomismo por la cuestión social en momentos en que el PAN se desintegra, causa sorpresa y rechazo

en algunos intelectuales y políticos el régimen. Gallo sostiene que Pellegrini apoyó este proyecto de Código de Trabajo: "Pellegrini no propiciaba una actitud abstencionista por parte del Estado. En este caso, como en otros temas afines, su posición era intervencionista". Sostenía Pellegrini: "... entiendo que es indispensable adelantarnos a la solución de dificultades que nuestro crecimiento industrial agravará, que no pueden demorarse por más tiempo, sin peligro, me refiero a las leyes que reglamentan el trabajo de hombres, mujeres y niños, el derecho de huelga que es la defensa del obrero conciliándolo con la absoluta libertad de trabajo que nadie debe atacar, imponiendo formas de solución pacífica que serán una garantía para todos los intereses comprometidos". E. Gallo insiste en que "Pellegrini coincidió con esas y otras medidas específicas contenidas en el frustrado Código de Trabajo, aunque criticó su voluminoso reglamentarismo..." (Gallo "Los hombres del poder: Carlos Pellegrini", ob. cit., pág. 4).

Probablemente muchos argentinos se sorprendan de esta opinión de Pellegrini sobre la cuestión social. Pero "el gringo" aún va más allá: en 1905 publica una crítica al sistema capitalista.

XXII. Pellegrini y el sistema capitalista

En esos primeros años del siglo, los primeros de Mayo agitados por las manifestaciones anarquistas y socialistas, así como también las habituales represiones de la policía –"los cosacos" en el lenguaje popular– lo conmueven profundamente.

Esa inquietud lo lleva, en julio de 1905, a escribir un artículo en la revista "Derecho, Historia y Letras", dirigida por su amigo Estanislao Zeballos, donde reflexiona sobre el tema.

En ese artículo, generalmente olvidado por políticos e historiadores de 'mala memoria', afirma: "Si el capital es necesario para suministrar los elementos reproductivos, el trabajo es indispensable para realizar la tarea. Y la bondad y el crédito del objeto producido depende mucho más de la habilidad del obrero que de la acción del capital. Si esto es así, evidentemente es justo que tanto el capital como el trabajo tengan, en el objeto fabricado, una parte proporcional al esfuerzo con que cada uno de ellos ha contribuido a producirlo... El capital y el trabajo serán así socios y desaparecerá la relación actual de amo a sirviente. Ya no habrá salario porque el trabajo recibirá su parte en forma de dividendo, exactamente lo mismo que el capital...".

En otra parte del artículo, señala: "Se reconoce al obrero el derecho indiscutible de trabajar, pero se le exige que lo ejerza tranquilamente y respetando todos los derechos ajenos, exigencia que parece ser perfectamente razonable y justa, pero se olvida que esto importa, en realidad, en muchos casos, reconocerle el derecho a morirse de hambre, él y los suyos, pero exigiéndole que muera tranquilamente, sin defenderse y sin protestar... La única forma de atacar el mal en su raíz (la cuestión social) es suprimir la causa misma del conflicto, modificando radicalmente la relación que hoy existe entre el capitalista y el trabajador, concluyendo con esa sujeción y obediencia que estimula la soberbia y la tiranía de los unos, la irritación y la mala voluntad de

los otros y colocando a ambos en el mismo nivel y con iguales derechos en el terreno puramente industrial... El que participa como elemento indispensable en la producción industrial y solo goza por su participación o su trabajo, una remuneración fija, independiente del resultado económico de esa producción, es, por el hecho, necesario a la producción, pero ajeno e indiferente a su prosperidad... De aquí que su única aspiración sea mayor salario y menor trabajo. Resulta entonces que mientras el obrero sea un simple asalariado, un mercenario en los ejércitos del trabajo, sin vinculación ni interés propio en los resultados económicos industriales de su propio esfuerzo, será inútil buscar la fórmula o procedimiento que lo vincule y lo interese en la prosperidad de la empresa industrial que lo ha reclutado. Además, el salario hace del obrero un simple dependiente a las órdenes del patrón de cuya voluntad o capricho depende su existencia misma, sin que su colaboración, a pesar de ser indispensable, cree derecho alguno ni seguridad y garantía para su vida misma. Esta relación de señor a sirviente, esta sumisión forzada del obrero, soportable cuando el patrón es un hombre razonable y sensible, se hace muy dura cuando esas cualidades faltan y de ello surge el sentimiento de rebelión que da alas a la propaganda de los que incitan al movimiento obrero a una revolución social que debe darles libertad e independencia y devolverles su dignidad de hombres... Para que aquel antagonismo entre el capital y el trabajo cese, es necesario colocarlos en idénticas condiciones, en iguales categorías y organizarlo bajo las mismas bases...”.

Agrega Pellegrini: “La sociedad humana obedece a dos grandes evoluciones políticas. La evolución democrática que se funda en la igualdad política y que minando y destruyendo lentamente todas las autocracias, extiende el imperio de la soberanía popular; y la evolución socialista, que se funda en la igualdad civil que va minando y destruyendo todos los privilegios y contradicciones de clase, extendiendo el imperio de las más numerosas... De ahí la necesidad de levantar el nivel moral y social de las clases más numerosas, haciendo del obrero no un ser inferior sujeto a la fábrica como el siervo antiguo lo estaba a la tierra, sino hombres libres, en perfecta igualdad dentro de sus propios medios, que contribuya al esfuerzo común dentro del límite de sus propias fuerzas, que obtiene su parte correspondiente en los resultados”.

Señala Ezequiel Gallo que “Pellegrini, para lograr esos objetivos, propone la constitución de sociedades de trabajo (cooperativas) que contraten con ellos los capitalistas las condiciones, salarios, etc. en que los trabajadores desarrollarán su labor y luego reparta a estos su parte proporcional. Estas asociaciones podrían aportar parte de sus ingresos a fondos de reserva para pensiones, accidentes o asistencia en épocas de crisis y podrían crear almacenes cooperativos para los miembros, cuerpos médicos para su asistencia y de sus familias, facilidades para la educación de sus hijos, etc.”. Asimismo, con respecto a la objeción de que esas asociaciones de trabajo podrían imponer valores o condiciones, actuando como monopolios, Gallo sostiene que Pellegrini “le opone el argumento de que la misma objeción puede hacerse a las sociedad anónimas de capital y que nadie ha pretendido evitar ese peligro prohibiendo su organización” (citado por Gallo, publicado en la revista “Derecho, Historia y Letras”, dirigida por Estanislao Zeballos, julio 1905). Entusiasmado por su propuesta, Pellegrini intentó difundir estas tesis entre amigos y compañeros. E incluso “le expuso el proyecto, en Estados Unidos, a Samuel Gompers, presidente de la American Federation of Labour, quien respondió con una silenciosa pero educada expresión de estupor... Hizo lo mismo con Carol Whitrem, director del Departamento de Trabajo, quien salvó el trance argumentando que la legislación vigente en Estados Unidos impedía considerar tan notorio sesgo centralista” (E. Gallo, ob. cit., pág. 97).

Rodolfo Puiggrós sostuvo al respecto: “Ninguno (como Pellegrini) vio tan lejos en el futuro, al punto de proponer la organización de sociedades de patrones y obreros con iguales riesgos y ganancias. (Rodolfo Puiggrós, “Crecimiento y desequilibrios de Buenos Aires, ob. cit.; reproducido en “C. Pellegrini, discursos y escritos”, Bs. As., pág. 412). Después de un nuevo viaje a Europa para tratarse su enfermedad, Pellegrini regresa y en agosto de 1905 se presenta como candidato a Senador, pero es derrotado. “Meses después, participa de una coalición de partidos en la Capital, junto a Roque Sáenz Peña, triunfando sobre la lista oficialista en marzo de 1906, regresando así al Congreso, en la Cámara de Diputados.

XXIII. “Pellegrini fue el primero que habló del voto secreto en el Congreso” (Testimonia Alfredo Palacios)

Ramón Columba recuerda que Alfredo Palacios le relató que un día, probablemente el 8 de marzo de 1906, en la Cámara, Manuel Carlés le propuso presentarle a Pellegrini. –No, no me lo presentes, porque hoy voy a impugnar su diploma de diputado, elegido por la Capital, respondió Palacios. –No seas loco, Alfredo ¿cómo te vas a animar a hacer eso?, aconsejó Carlés. Sin embargo, lo impugné, recuerda Palacios. Claro, hice un discurso breve (como para no irritar a la fiera, pienso yo, acota Ramón Columba, pero el joven diputado socialista no se arredró).

Así, dijo Palacios: “No ignoro, señor presidente, que la venalidad dentro de nuestras prácticas electorales corrompidas significa libertad y da la conciencia del valor del voto que desgraciadamente, nada vale en otras partes de la República pero, a pesar de todo, mi conciencia de ciudadano y de hombre que pertenece a un partido que ha levantado como bandera la pureza del sufragio, mi conciencia de representante del pueblo, rechaza esa elección manchada con un vicio repugnante”.

... Al terminar de hablar –recuerda Palacios– quedé con miedo. Pensé: Ahora me largará Pellegrini a uno de sus cachorros... Pero, no. Pidió la palabra el mismo Pellegrini quien comenzó dándome la razón, al decir: “Se asegura, señor presidente, que en las elecciones de la Capital ha habido muchos votos comprados. Es cierto. Felizmente es cierto ¡No hay voto más libre que el voto que se vende!... La venalidad del voto es hija legítima de la libertad electoral y del sufragio universal. Donde quiera que hay un pueblo libre en que cada ciudadano tiene un voto, allí la venalidad tiene un campo fecundo donde ejercer su acción porque en esa inmensa masa de analfabetos e inconscientes que están armados de ese derecho, hay muchos que no saben ejercerlo de otra manera que en provecho propio, sacándole, en el día de la elección, algo con que atender sus necesidades materiales”. Añadió Pellegrini: “A los excesos ha llegado la venalidad en los países más libres de la Tierra, como en Inglaterra, donde el mismo Gladstone y el mismo Disraeli se unen para poner término a ese escándalo y dictan la ley que hoy rige en aquel país, donde las penas contra la venalidad llegan hasta lo ridículo, donde está prohibido todo lo que pueda significar una seducción política, donde se ha anulado una elección y se ha privado a un diputado en la Cámara de los Comunes por haber permitido a sus electores que entrasen en su parque a cazar conejos pues dijeron:

el conejo se puede vender y lo que vale dinero es seducción... En Estados Unidos, el voto de los cinco dólares allí decidía una elección a favor de los que tenían más dinero, hasta que llegó el voto secreto que anuló toda venalidad". Así habló Pellegrini. De esta manera reconocía la irregularidad y abogaba a favor de elecciones limpias.

"Pero –agrega Palacios al terminar la sesión –delante de mí, veo una mano enorme, en momentos en que estaba arreglando mi papeles en la banca. Esa mano que venía desde lo alto era la de Pellegrini que llegaba para felicitarme. –Ha cumplido usted con su deber, me dijo...

Desde ese día, nos hicimos amigos. Él era tan grande que yo, a su lado, hacía un contraste poco armónico... Pellegrini era un gigante. Cuando entraba al recinto las tablas del piso parecían hundirse pues caminaba pesadamente, balanceándose". Y agregó Palacios: "Pellegrini fue quien primero habló del voto secreto en el Congreso aconsejándolo como el medio más eficaz para anular toda venalidad... Lo dijo seis años antes de que llegara a convertirse en ley por Sáenz Peña..." (R. Columna, "El Congreso que yo he visto", Tomo I, pág. 134).

XXIV. Testamento político de Carlos Pellegrini

Desde su banca –durante un breve período, ya quebrantada su salud– pronuncia un discurso, que constituye algo así como su testamento político a favor de las prácticas democráticas. Entonces afirmó: "... que la mayoría parlamentaria no respondía a ningún partido que mereciera tal nombre con programas, ideas y tendencias definidas. Sus integrantes, según dijo, habían surgido de pequeñas oligarquías o banderías provinciales, con denominaciones diversas y no de un gran partido nacional. Consideró, pues, a esa mayoría, como un conglomerado sin los vínculos que nacen de las tradiciones, ideales y anhelos comunes, apenas unidos sus integrantes por el instinto de la propia defensa". Después de estas palabras acusadoras, señaló el papel que se reservaba la oposición, dispuesta a tratar por un programa de reconstrucción institucional sobre la base de la libertad de sufragio, hasta entonces desconocida y reemplazada por el fraude electoral". Luego sostuvo "La República tiene que llegar a esa meta que es el fin de una necesaria etapa de evolución. La Nación es independiente, libre, orgánica y vive en paz, pero nos falta algo esencial: ignoramos las prácticas y los hábitos de un pueblo libre y nuestras instituciones escritas son solo una promesa o una esperanza. Por eso, nuestro régimen no es representativo, ni republicano, ni federal, ya que las prácticas viciosas han convertido a los gobernantes en grandes electores, sustituyendo con su voluntad a la del pueblo, cuyos derechos políticos y civiles son desconocidos. De ahí que la alternativa es el sometimiento o la rebeldía... Sostenemos la realización de una gran aspiración nacional y entonces, les digo que ellos podrán tener la fuerza y el hecho, pero nosotros tenemos el derecho; ellos pueden ser dueños de este momento y de esta situación, nosotros seremos dueños del porvenir: nosotros somos hoy corriente que puede ser torrente y ellos son obstáculo. Todo lo que no se apoye en las grandes aspiraciones de la nación, todo lo que no tienda a completar nuestro organismo nacional, todo lo que no tienda a hacer a esta patria tan grande cívica, moral y políticamente como lo es materialmente, todo eso tiene que ser efímero y transitorio porque a pesar de todo y a pesar de todos, se han de cumplir los grandes destinos de la Nación" (Cutolo, ob. cit, pág. 373).

En una parte de este discurso del 11 de junio de 1906, Pellegrini embiste con suma dureza contra a los legisladores presentes, producto del fraude: “Este régimen se ha generalizado de tal manera que ha penetrado ya de tal modo en nuestros hábitos que ni siquiera nos extraña, ni nos sorprende... Hoy, si alguien pretende el honor de representar a sus conciudadanos es inútil que se empeñe en conquistar méritos y títulos: lo único que necesita es conquistar la protección o buena voluntad de los mandatarios... ¿No estamos conspirando contra ese anhelo nacional de paz y orden... si cerramos los ojos y nos tapamos los oídos para no ver ni oír, para aceptar el hecho consumado por escandaloso y fraudulento que sea? ¿Y en nombre de qué? ¿En nombre de la solidaridad del fraude?...

¿Cuál sería la autoridad que podríamos invocar para dar estas leyes? ¿Y quién nos perdonará a nosotros? ¿Y de qué manera se va a realizar este programa? ¿Acaso cobijando a todas las oligarquías y aprobando todos los fraudes y todas las violencias, acaso arrebatándole al pueblo sus derechos y cerrando las puertas a toda reclamación? (C. Pellegrini, discursos y escritos, pág. 462/464).

Un Congreso conformado por legisladores provenientes del fraude electoral, escuchó con asombro –y también disgusto– esta requisitoria contundente de Pellegrini que acusaba las trampas cometidas en los comicios y reclamaba enérgicamente la implantación de un régimen electoral que permitiese al pueblo elegir sus auténticos representantes, es decir, el sufragio libre, secreto y obligatorio, que recién se sancionaría, por ley, seis años después.

Coherente con esta posición, que ponía al pueblo en la opción de ser sometido o de rebelarse, Pellegrini pronunció su último discurso defendiendo la amnistía para los revolucionarios irigoyenistas del 4 de febrero de 1905, justificando su insurrección originada en el fraude electoral; “¿... Acaso nos dice esta ley de amnistía, esta exigencia pública que viene de todos los extremos de la República, esta exigencia de perdón que brotó al día siguiente del motín , que hay en el fondo de la conciencia nacional algo que dice: esos hombres no son criminales, esos hombres podrán haber equivocado el rumbo, pero obedecían a un móvil patriótico? Ha habido militares que han sido condenados, que han ido a presidio, que han vestido la ropa del presidio y cuando han vuelto nadie les ha negado la mano por qué todos sabemos la verdad... Solo habrá ley de olvido, de paz, solo habremos restablecido la unión de la familia argentina el día en que todo los argentinos tengamos iguales derechos, el día en que no se los coloque en la disyuntiva dolorosa de renunciar a la calidad de ciudadanos o de apelar a las armas para reivindicar los derechos despojados... Para que haya amnistía efectiva, todos los argentinos tienen que gozar de iguales derechos ...Mañana vendrá a esta Cámara una ley de perdón: nosotros la vamos a discutir y la vamos a votar. ¿Y si alguno de esos amnistiados nos preguntara quién perdona a quién? ¿Es el victimario a la víctima o la víctima al victimario? ¿Es el que usurpa los derechos del pueblo o es el pueblo que se levanta en su defensa? ¿Cuál sería la autoridad que podríamos convocar para dar estas leyes de perdón, para hacer estos actos de magnanimidad y de generosidad?... ¿Y quién nos perdonará a nosotros?” (Pellegrini, discurso en el Congreso, citado por Ramiro de Casasbellas, el 18/7/76, en La Opinión).

Fue el último discurso que aquel gigante –física y moralmente– incorporándose desde su banca arrojó contra el fraude electoral reclamando para el pueblo su derecho fundamental: elegir a sus representantes.

XXV. La muerte

Al inicio del invierno de 1906 su estado de salud se agrava y “durante varias semanas su cuerpo de gigante luchó infructuosamente contra el mal” (Cutolo, ob. cit.). Estaba enfermo desde tiempo atrás, debilitado el corpachón por las depresiones nerviosas: Paul Groussac, que había pasado la Semana Santa con él y otros invitados en el castillo de Ernesto Tornquist, en Sierra de la Ventana, relata que al llegar a la estación de Bahía Blanca, invadió el andén un numeroso grupo local, a quien el viajero ilustre arengó desde la plataforma del vagón. Celebrando el desarrollo presente de la nueva ciudad y anunciando el futuro, tuvo una frase extraña que nos impresionó: ‘Ese porvenir, por cercano que estuviere, yo no lo veré...’ Me pareció notar una ligera alteración en su acento y sentí en mi frente el leve soplo de que nos habla Job... El 15 de junio le volvieron los malestares y el 10 de julio, las hemorragias, los desórdenes nefríticos y circulatorios se apoderaron de él. Al anochecer del 16 de julio mientras una verdadera muchedumbre seguía apiñada frente a su casa, en la calle Maipú, el gigante empezó a agonizar” (P. Groussac, “Los que pasaban”).

“En la puerta de su casa –recuerda Joaquín de Vedia– supe lo que ocurría por un amigo suyo que salía sollozando. Momentos antes de entrar en la agonía, Pellegrini quedó solo, tendido hacia arriba en su lecho, inmóvil, empalidecido y demacrado ya por el sufrimiento estoicamente aceptado. A los pies de su cama, una sola persona, su compañera simulaba una tranquila expectativa de enfermera. Pellegrini la miraba largamente, insistentemente. De pronto, sus ojos se nublaron y las lágrimas rodaron por su cara, mientras de su garganta partía como un lamento, ahogado, todavía tuvo coraje ella y ensayó una frase de aliento.

–¿Pero, qué es ¿Pero, qué es Carlos? ¿Tú? ¿Tú, llorando? El moribundo se serenó de inmediato y casi sonriendo, repuso: –“¿Que querés, gringa?... repuso: –“¿Qué querés, gringa?... la última aflojada...” (Joaquín de Vedia, en “Como los vi yo”, edit. Gleizer, Bs. As., 1922). “Eran las dos de la mañana del 17 de julio de 1906, cuando la sirena de “La Prensa” mortificó el silencio de aquella Buenos Aires opulenta y vigorosa...Acababa de morir el doctor Carlos Pellegrini...” (Ramiro de Casabellas, “La Opinión”,18/7/1976). Sus restos mortales fueron llevados al cementerio. Allí recibió el adiós solemne de las instituciones a través del discurso del Presidente Figueroa Alcorta quien sostuvo “¡Ha caído el más fuerte! (Cutolo, ob. cit.). Luego hablaron Vicente Fidel López, Juan Balestra y Paul Groussac, quien lo llamó ‘piloto de tormentas’”.

En principio, sus familiares intentaron que la ceremonia tuviese un carácter reservado, solo para los amigos y compañeros de lucha. Pero Octavio Amadeo recuerda que ello resultó imposible: “Pellegrini murió en el otoño del vivir, cuando las viñas y los hombres fuertes dan sus mejores frutos... Ayarragaray, al verlo tendido en el cajón, exclamó: ‘No creíamos que fuera tan grande’ mientras la presión de la multitud no podía ser contenida por la fuerza pública. La gente exasperada gritaba: ¡Somos el pueblo! ¡El pueblo quiere entrar al cementerio! ¡Y el pueblo entró y escoltó al cadáver...! (Cutolo, ob. cit., recuerdo de Octavio Amadeo).

Norberto Galasso
Diciembre de 2021

Diseño y Diagramación
BNA Publicidad

